

EL SINIESTRO ASESINO SOY YO

ADA CORETTI

Lex Reeves detuvo su descapotable, se apeó, y con largas y elásticas zancadas entró a tomar una cerveza en el parador de la carretera.

Tendría unos veintisiete años, una figura atlética y un rostro virilmente atractivo. Trabajaba en la bolsa de Nueva York. Actualmente, de vacaciones, se estaba dedicando a viajar. Le gustaban las mujeres bonitas. Sentía por ellas una auténtica debilidad.

Bien fría.

Pero apenas solicitada la cerveza en el mismo mostrador, vio a una muchacha estupenda en una mesita redonda, apartada. Entonces le dijo al camarero:

Sírvame la cerveza allí.

De acuerdo, señor.

Lex Reeves se sentó en la mesita contigua. Quedó frente a la chica morena, de ojos oscuros y profundos, de deliciosa figura. Se sentía dispuesto a una nueva conquista.

No obstante, pronto se dio cuenta de que la tal muchacha no estaba para muchos devaneos. Tenía los nervios a flor de piel.



Ada Coretti

El siniestro asesino soy yo

Bolsilibros: Selección Terror - 170

ePub r1.0

xico_weno 17.10.17

Título original: *El siniestro asesino soy yo*
Ada Coretti, 1976
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Lex Reeves detuvo su descapotable, se apeó, y con largas y elásticas zancadas entró a tomar una cerveza en el parador de la carretera.

Tendría unos veintisiete años, una figura atlética y un rostro virilmente atractivo. Trabajaba en la bolsa de Nueva York. Actualmente, de vacaciones, se estaba dedicando a viajar. Le gustaban las mujeres bonitas. Sentía por ellas una auténtica debilidad.

—Bien fría.

Pero apenas solicitada la cerveza en el mismo mostrador, vio a una muchacha estupenda en una mesita redonda, apartada. Entonces le dijo al camarero:

—Sírvame la cerveza allí.

—De acuerdo, señor.

Lex Reeves se sentó en la mesita contigua. Quedó frente a la chica morena, de ojos oscuros y profundos, de deliciosa figura. Se sentía dispuesto a una nueva conquista.

No obstante, pronto se dio cuenta de que la tal muchacha no estaba para muchos devaneos. Tenía los nervios a flor de piel.

Le vio sacar un sobre y de su interior un papel que leyó y releyó varias veces.

—¿Malas noticias…? —preguntó.

Ella alzó la mirada, un poco sorprendida de verse interpelada en tales términos por un desconocido. Pero, por lo visto, no terminó de tomarse a mal su intromisión.

—Sí, son malas noticias —respondió.

—Tal vez pueda yo ayudarla en algo… —Lex Reeves no necesitó más para arrastrar su silla hasta la mesita de ella.

—Si fuera policía… —dijo la muchacha—. Pero sería demasiada casualidad, que lo fuera…

—No, no lo soy. De todas maneras, puede sincerarse conmigo.

No perderá nada haciéndolo, se lo aseguro. Soy un tipo muy listo —y sonrió abiertamente.

—Listo no sé si lo es —dijo ella—, pero en modesto no se queda usted.

—Me llamo Lex. Lex Reeves, señorita…

—Amanda Welles.

—Pues nada, no se hable más —terminó de arrimar su silla, pero antes recuperó la cerveza que había dejado abandonada en la otra mesita—. Ahora mismo me cuenta lo que le sucede y yo le tiendo una mano.

Amanda Welles observó con sus ojos oscuros, de profundo mirar, al joven. Debió caerle agradable, simpático, porque se decidió a buscar en él la ayuda que, evidentemente, a Juzgar por aquella carta, le estaba haciendo mucha falta.

—Estoy metida en un lío —empezó diciendo—. Del que no veo el modo de salir…

—La escucho. Continúe.

—Esta carta —dijo Amanda Welles— es de mi amiga Susan. Mi mejor y única amiga, a la que hace un año que no veo.

—El lío, de momento —intercaló Lex—, no lo veo por ninguna parte. Supongo que viene ahora, claro.

—Mi amiga Susan se casó hace un año —prosiguió la muchacha— con un tal Steve Arlen, un joven muy guapo y bien plantado.

—Más o menos como yo, ¿no es eso? —preguntó Lex, bromeando.

—¡Oh, no, usted vale mucho más! —bromeó Amanda a su vez. Luego, ya seria, añadió—: Steve Arlen tiene cara de malo, de cínico. Y usted…, usted tiene planta de noble, de valiente, de héroe de película policíaca.

—¡Estupendo!

—Por eso le estoy explicando lo que me sucede. A lo mejor me ayuda… Para eso, supongo que no hace falta necesariamente ser de la policía…

—De acuerdo. Prosiga.

—Mi amiga Susan es riquísima. A la muerte de su padre heredó una inmensa fortuna. Pues bien… —Se detuvo apenas unos breves segundos— ahora a mi amiga se le ha metido en la cabeza que su marido quiere matarla. Y pretende que yo vaya a vivir con ella una

temporada, a su casa de Mall-Hillmelsson. Dice que teniéndome a su lado se sentirá mucho mejor.

—Yo también —dijo Lex Reeves— me sentiría mucho mejor teniéndola a usted a mi lado.

—Este caso es serio, muy serlo —le censuró Amanda—. No se lo tome a broma o me callo y no le cuento nada más.

—Quedo serio como un muerto —afirmó Lex.

—¿No podría quedarse serio… como otra cosa? Le estoy hablando de que mi amiga teme ser asesinada y me sale usted…

—Disculpe. Comprendo que no está para hablar de cadáveres. He sido poco oportuno.

—Mi amiga Susan y su marido van a celebrar su primer aniversario de boda en el restaurante Las Nubes. ¿Sabe usted dónde está eso? No, no hace falta que lo sepa, yo se lo diré. En plena ciudad de Nueva York, en la mitad de la gran urbe, en la terraza de un rascacielos. Un rascacielos con más de cuarenta pisos. Pues bien —resumió Amanda Welles— mi amiga acaba de tener el presentimiento de que su marido va a tirarla al vacío…

—¿Qué clase de muchacha es su amiga? —Preguntó Lex Reeves luego de haber reflexionado sobre las últimas palabras oídas—. ¿Nerviosa? ¿Excitable?

—Antes no lo era. Era una chica muy tranquila, muy reposada, que nunca se enfadaba con nadie. Nos conocimos en la Universidad. Ella siempre sacaba muy buenas notas.

—Desde el día de su boda, ¿se han carteado mucho? Compréndalo, necesito hacerle ciertas preguntas para saber mejor a qué atenerme.

—Sí, claro —se hizo cargo—. Pues no, apenas nos hemos cruzado unas pocas cartas. Pero nos hemos telefoneado bastante a menudo. Una vez cada quince días, más o menos.

—¿Y a través del hilo usted no dedujo nunca que a su amiga le estaba sucediendo algo anormal?

—No —movió la cabeza en sentido negativo—. La imaginaba contenta y feliz, puesto que se había casado con el hombre que siempre quiso. Hasta el momento de recibir esta tarde…

—¿Podría leerla? —preguntó Lex Reeves.

—Naturalmente.

Se la entregó.

Lex desdobló el papel y reparó en la letra femenina, que delataba un pulso alteradísimo. Tanto es así que apenas podía leerse. Resultaba casi Ininteligible.

Al final decía:

«Al más pequeño descuido que tenga, sé que iré a parar cuarenta pisos abajo, hasta estrellarme Inapelablemente en el asfalto. SI no vienes a protegerme, Amanda, estoy perdida. Si vienes —agregaba—, por lo menos viviré algo más. No mucho, claro, porque de todas maneras me matará antes o después. No he de poder evitarlo».

—¿Qué le ha parecido…? —preguntó Amanda cuando vio que había concluido con la lectura.

—Un caso muy sencillo de solucionar.

—¿De veras? —El asombro abrió mucho los bonitos y oscuros ojos de la muchacha.

—Claro.

—Vamos cómo…

—Usted me lleva a esta fiesta de aniversario. Me presenta a todos como a su primo… Un primo lejano que le ha venido de Inglaterra… Decir eso siempre queda bien, es muy decorativo… Y ya no necesita hacer más. Yo me encargo del resto, de que en esa fiesta a su amiga Susan no le suceda absolutamente nada. ¿Ve qué sencillo?

—Y después, ¿qué? —Inquirió Amanda—. Si no la mata en la fiesta y la mata luego, poco habremos adelantado.

—Sigue siendo sencillo el caso. Me llevan de invitado unos días a esa casa que se llama… Ha dicho Mall-Hillmelsson, ¿verdad? Estando yo, seguirá sin pasarle nada a su amiga. Además, mientras esté allí averiguaré si el marido, ese tal Steve Arlen, es un criminal en potencia en intenciones, o en lo que sea, o si todo eso son meras aprensiones o figuraciones de su esposa… Bien podría tratarse de esto último. A veces la imaginación nos Juega mata pasadas.

* * *

Iban Juntos en el descapotable. Autopista adelante. A más de ciento diez por hora.

—No puedo permitir que se sacrifique tanto por un problema que no le va ni le viene…

Lex Reeves no la dejó acabar. Lo mismo que las otras veces. Insistió en lo mismo, le ayudaría, lo haría encantado. No tenía por

qué preocuparse de nada.

—Bueno, si tanto insiste…

Poco después el coche había frenado junto a la valla de protección. Lex se volvió hacia ella.

—Pero si existe un asesino —le dijo— o un futuro asesino, y yo me meto de por medio, corro el peligro de cargármela… Esto es indudable, ¿no te parece, Amanda? —Ahora la tuteó—. En tal caso, voy a correr ciertos riesgos… Todo en la vida tiene un precio, ¿no? Voy a fijar yo el mío… Un beso…

Amanda Welles sonrió.

—No es una minuta cara. Acepto, Lex.

Lex Reeves le demostró que tenía práctica en tal clase de menesteres.

CAPÍTULO II

Mall-Hillmelsson era una casa muy grande, blanca, que asomaba entre el verdor de aquella zona prolífera en arbolado. Una casa que, se mirara por donde se mirara, carecía de puertas y ventanas.

Un detalle, empero, que no solía llamar la atención. SI alguien cruzaba por allí, veía un flanco del edificio, no los restantes. Siempre suponían, claro esté, que ventanas y puertas se hallaban por la otra parte.

Para darse cuenta exactamente de las sorprendentes e inquietantes características de aquel edificio, se hubiera tenido que llegar cerca. Y cerca no llegaba nadie. No había carretera ni camino que llevara allí. Aquello era como un laberinto construido por un diabólico brujo, donde cien y mil vueltas no conducían a ninguna parte.

Mall-Hillmelsson tenía tres sirvientes. Desde hacía muchos años, siempre los mismos.

Bruce, el mayordomo.

Douglas, el cocinero.

Ida, la doncella.

En aquellos momentos. Bruce, el mayordomo, de unos sesenta años, de mediana estatura, acababa de lanzar un grito. No recordaba haber gritado tan fuerte en toda su vida.

Acababa de entrar en la cocina, donde había visto a Douglas, de unos cincuenta años, grueso, abotargado, metido en una olla. Una olla de proporciones inmensas, de cien centímetros de diámetro como mínimo. Ésta se hallaba colocada sobre la cocina de carbón, repleta de combustible, rabiosamente encendida.

El agua se hallaba en plena ebullición. Y allí dentro, lo dicho, estaba el cuerpo desnudo del infortunado Douglas.

Había dejado de existir…

No, no, aún vivía. Parecía imposible, inadmisible, que en tales

condiciones eso pudiera ser. Pero era. Logró alzar los párpados y decir:

—Ha sido…

No pudo añadir nada más. Acabó su vida en aquel momento, mientras su cuerpo se sumergía en la burbujeante agua para ya no salir.

Bruce, por unos instantes, creyó haber perdido la razón. ¿Era posible que sus ojos estuvieran presenciando algo cierto, algo real y auténtico? ¿O era su mente, que desvariaba, la que le estaba haciendo ver visiones?

No, desgraciadamente aquello no era una pesadilla. Ni nada que se le pareciera.

Bruce salió de la cocina gritando:

—¡Ida! ¡Ida!

Llamaba a la doncella. Una mujer de unos cuarenta y tantos años, de agradable y sano aspecto. Una mujer que siempre se había hecho querer por todos.

La doncella no respondió a sus voces, por lo que Bruce tuvo que ir buscándola de un lugar para otro. Pero aquello le estaba dando ya muy mala espina. Ida tenía el oído muy fino y era rarísimo que no le oyera. Finalmente la encontró en el cuarto de baño de los señores.

Pero qué horror, qué espanto de espectáculo. Jamás pudo imaginar nada semejante.

Ida se hallaba en el suelo, con los tobillos atados con cuerdas y con las manos en la espalda, asimismo fuertemente sujetas. Tenía un tubo de goma metido en la boca, posiblemente incrustado hasta más allá de la laringe, tal vez hasta la misma boca del estómago. El otro extremo de la goma partía del grifo de la bañera. Un grifo que estaba siniestramente abierto…

En consecuencia, pues, por aquel tubo había ido filtrándose agua y más agua en el cuerpo de aquella infeliz mujer. Una mujer que, horas antes, era bajita y bastante gruesa, pero que ahora, por la enorme cantidad de líquido que había ingerido, mostraba el estómago y el vientre tan gruesos, tan hinchados, que todo le daba aspecto de ser un globo a punto de estallar.

Esto fue lo más horrible. Estalló antes de que Bruce, el mayordomo, pudiera intervenir. Estalló como si dentro llevara una

bomba.

Bruce se tambaleó, Ni puro borracho hubiera estado más a punto de caer al suelo.

Pero su propio miedo, su propio pavor, le hicieron sacar fuerzas de flaqueza. Allí, en Mall-Hillmelsson, la casa sin puertos ni ventanas al exterior, de donde no era fácil salir, había un asesino. ¡Un asesino que había acabado ya con Douglas, con Ida, y que, indudablemente, pretendería también acabar con él!

Pero ¿quién podía ser el asesino…? ¡Si ellos tres, Douglas, Ida, y él, habían quedado solos, como leales sirvientes, cuidando de la casa en ausencia de sus jóvenes señores! Sí, sólo estaban allí los tres…

Pero no, claro, alguien más tema que permanecer ahora bajo aquel techo. Alguien debía haber entrado, aunque él lo ignorara.

Sin embargo, ¿quién iba a entrar, si no había puertas ni ventanas, y si, por lo demás, no había llegado el helicóptero de la familia? El único modo y forma de penetrar o de salir de aquella extraña casa.

—No te devanes los sesos pensando…

Sufrió una sacudida. Acababa de comprender que, inexorablemente, también para él había sonado la última hora. Sí, lo comprendió perfectamente, incluso antes de girarse.

Al hacerlo, vio brillar la pistola automática. Fue lo primero que vieron sus ojos de mirada asustadísima.

—¿Va a matarme…? —preguntó, con esfuerzo. Se había quedado sin saliva en la boca.

—Morirás tú solo —fue la respuesta—. No tendré precisión de hacerlo yo.

—Usted ha matado a Douglas y a Ida, ¿verdad? —Y temblaban sus rodillas, sus piernas y también su voz.

Temblaba todo él, como un condenado a muerte. Como un condenado a la última pena.

Como lo que, bien mirado, ya era. No, no iba a haber piedad ni misericordia para él.

—Sí.

—¿Por qué…? —preguntó—. ¿Y por qué de esa forma tan horrible, tan espantosa, tan horripilante…?

—Pudiendo hacerlo bien, ¿a qué hacerlo mal? Más o menos

cuesta lo mismo.

—¿A eso llama hacerlo bien…? Me horroriza usted…

—Déjate de aspavientos y sal de aquí. Vayamos a la cocina.

—¿Con qué fin…? —quiso saber, aún más y más aterrorizado. Parecía presentir que era allí donde su corazón iba a dar sus últimos latidos.

—Ya lo verás.

—Quiero saberlo —gimió.

—Obedece o disparo ahora mismo —le amenazó, mientras se crispaba violentamente la mano que sujetaba la pistola—. Mira que yo no me ando con chiquitas, ya lo has visto…

—Sí, sí —asintió— ya lo he visto. Pero, dígame antes, ¿qué sentido tiene todo esto? Douglas e Ida eran unas buenas personas… Yo también creo serlo… Todo esto no tiene sentido…

—No, no lo tiene —admitió.

—Le aseguro que no lo entiendo.

—No tienes por qué entenderlo. Anda, sal de aquí… Ya te lo he dicho, o obedeces o te dejo hecho un colador… ¡Me costaría tan poco descargar la pistola sobre tu cuerpo!

—No, no dispare. Ya le obedezco…

Al llegar a la cocina, Bruce se dio cuenta de que la nevera estaba abierta y totalmente vacía. Ya no había provisiones, ni siquiera se hallaban sus correspondientes estantes. Sólo se veía en su interior una botella de champán.

Bruce se estremeció al darse cuenta de lo grande que era la nevera. Allí cabía de sobras una persona.

—¡Métete! —exclamó—. Es así como vas a morir… Pero agradéceme el detalle, te he dejado una botella de champán. Si tan asustado te sientes una vez estés allí dentro, o si tanto frío tienes, puedes bebértela. Eso te ayudará a morir más contento…

CAPÍTULO III

Lex Reeves quedó gratamente sorprendido al conocer a Susan. Era bonita, gentil, elegante y, desde luego, tenía cara de buena. Esto ante todo.

—Viene a ayudarte —le dijo Amanda Welles, y seguidamente le puso al corriente de los planes que se llevaban.

—¿De veras es tu primo…? —preguntó Susan.

—No —reconoció Amanda—, pero como si lo fuera lo presentaré a tus amigos, a tus familiares e incluso a tu marido. Así nadie sospechará que te he buscado un guardaespaldas.

—Se lo agradezco, mucho, señor Reeves —sonrió Susan—. Me infunde confianza su presencia, se lo aseguro… De todos modos, me siento tan terriblemente obsesionada…

—¿Qué ha motivado esa obsesión, señora Arlen? Me interesaría saberlo, para hacerme cargo de lo que, en principio, parece tan difícil de creer. A una Joven tan encantadora como usted, cuesta admitir que…

—No sabría responderle, señor Reeves. Mi obsesión es meramente instintiva.

Se hallaban en Las Nubes, en el lujoso restaurante. Es decir, estaban en la terraza de aquel rascacielos, al aire libre, donde la fiesta daría comienzo de un momento a otro. Era de noche y un millón de estrellas brillaban en el cielo, tan cerca de la terraza que parecía que estirando el brazo y elevando la mano pudieran casi cogerse. Desde luego, no faltaban luces en la terraza propiamente dicha, aunque colocadas de forma disimulada e indirecta.

Mirando a través de la balaustrada, hacia abajo, los coches y los habitantes de Nueva York parecían muy pequeños, de juguete. Como simples hormigas. Daba mareo, vértigo. Mucho mejor mirar hacia lo alto, hacia el mismísimo cielo.

Susan presentó a su marido, Steve Arlen, que, desde luego, era

un Joven guapo y bien plantado. Pero, indudablemente, tenía una expresión bastante cínica.

—Encantado —dijo Lex Reeves, con la mirada escrutadora.

—Hola, Steve —saludó a su vez Amanda.

Acto seguido, Susan les presentó a su amiga Jean, una rubia muy guapa de cara y muy llamativa de cuerpo. Tenía unas curvas que cortaban el aliento, según opinión de Lex Reeves que se las daba, y no sin razón, de ser muy entendido en anatomía femenina.

Les presentó, asimismo, a sus tíos George y Paul. Ambos muy parecidos físicamente. De unos cuarenta años, altos, rubios, ambos con bigote. Los dos, por lo demás, dueños de una elegancia extrema.

Las nuevas presentaciones carecieron de importancia.

Así, al menos, opinó Lex Reeves, por lo que pronto dejó de prestarles atención.

Y toda su atención la acumuló en quien creyó que más le interesaba hacerlo.

Poco después empezó la fiesta. Con un baile a cargo de Susan y su marido.

Susan llevaba un precioso vestido largo y Steve un irreprochable *smoking*. Hacían una estupenda pareja. Por lo demás, él se mostraba muy amable y cariñoso con ella, lo que parecía contribuir a que la escena lo tuviera todo de perfecta.

—Hace tiempo que no le veía así —comentó Susan a su amiga Amanda y a su flamante como postizo primo Lex—. Esto me hace sospechar aún más.

—Tal vez sólo sean figuraciones suyas, señora Arlen —dijo Lex Reeves—. Bien mirado, ni siquiera sabe usted en realidad el porqué de sus recelos, de su temor.

—No, no lo sé exactamente —convino—. Es como un presentimiento, ¿comprende? No puedo sacudírmelo de encima por más que me lo propongo. Por eso —añadió—, además de escribirte a ti, Amanda, pidiéndote ayuda y protección, he escrito también a los demás.

—¿Quiénes son los demás? —preguntó Amanda.

—A mis tíos George y Paul, que como sabes bien siempre me han querido mucho. Y a Jean, que es también una buena amiga mía, A ti te conocí en la Universidad. A ella cuando aprendía a

esquiar.

—¿Y a todos les ha escrito en idénticos términos, señora Arlen? —preguntó Lex.

—Sí —asintió Susan—. De lo contrario quizá no hubieran venido… ¡Y esta noche necesito tanto sentirme protegida!

—Si es por eso, no se preocupe —dijo Lex—. Yo no la perderé de vista ni un solo instante. No ha de pasarle nada.

—Gracias, señor Reeves. De todos… —sonrió—, es usted el que más confianza me inspira, se lo aseguro.

—Muy amable.

De súbito, las luces se apagaron. Al parecer un fortuito corte de corriente.

Con rapidez, Lex Reeves alargó la mano y presionó la de Susan. Así nadie podría apartaría de allí, de su lado. En principio, era esto lo más importante.

Pero la mano de Susan, temblorosa, sudorosa, se escurrió de entre la suya. Se escurrió voluntariamente. Algo con lo que el propio Lex no podía contar. En modo alguno.

Así que, sin que fuera culpa suya, se encontró con que había perdido la noción de dónde estaba la señora Arlen.

Cierto que la luz de las estrellas mermaba la intensidad de las tinieblas, pero no tanto como para que, de pronto, sus ojos pudieran habituarse a aquella oscuridad.

No obstante, vio a su lado a Amanda.

—Se ha alejado de mí —le informó—. Ha debido perder los nervios, reaccionando contraproducentemente… ¿Ves tú dónde está?

—No, Lex —contestó Amanda.

Entre el murmullo de los invitados, entre alguna que otra protesta, volvieron a encenderse las luces.

Pero para entonces, ya estaba sucediendo lo que menos podía esperarse Lex Reeves, lo que ya nadie iba a poder evitar. Ya estaba sucediendo lo que, por otra parte, resultaba incomprensible.

Sobre la balaustrada de la terraza, se hallaba Steve Arlen, de pie, haciendo ímprobos y desesperados esfuerzos por mantener el equilibrio.

Pero el equilibrio le falló, y cayó fatalmente al vacío. Al poco se oía un grito largo, inacabable. Un grito que le fue conduciendo

hacia abajo, hacia el asfalto, hacia la muerte.

Muchos de los amigos del matrimonio, corrieron hacia la balaustrada. Otro tanto hicieron Lex y Amanda, así como Susan, que apareció temblorosa tras el follaje de unas plantas. Plantas tropicales que decoraban muy exóticamente la terraza.

También corrieron hacia allí, los tíos de Susan, George y Paul. Asimismo su amiga Jean, la rubia muy guapa de cara y muy llamativa de cuerpo.

Pero asomarse al exterior, no les sirvió, ni a los unos ni a los otros, para nada que no fuera ver cómo caía y seguía cayendo por el vacío el cuerpo de Steve Arlen.

Un cuerpo que, instantes después, ante el horror general, se aplastó materialmente contra el asfalto.

Susan cruzó la terraza, salió del restaurante y se metió en uno de los ascensores. Luego, al salir de allí, ya estando abajo del todo, corrió hacia la calzada.

Allí sólo encontró un montón de carne chafada, ensangrentada, sin forma ninguna, medio dentro y medio fuera de lo que hacía poco había sido su irreprochable *smoking*.

* * *

Susan sufrió un ataque de nervios. Un *shock* que precisó cuidados y atenciones médicas.

—Yo le quería… —Al recobrarse, fue esto lo primero que dijo—. A pesar del miedo que me inspiraba, yo le quería… Sin embargo, no he sido yo quien ha caído cuarenta pisos abajo, ha sido él… No termino de asimilar lo sucedido, es algo que no tiene lógica… —Y entre sollozos—. ¿Por qué se subiría a la balaustrada, y precisamente cuando se apagaron las luces? ¡Oh, todo esto es verdaderamente incomprensible!

—Sí, lo es —dijo Lex, que había ido con Amanda Welles a ver cómo se encontraba.

Se quedaron un rato haciéndole compañía.

El doctor no tardó en presentarse, diciendo que podía ya abandonar la clínica. Estaba en condiciones de hacerlo, aunque se hacía inevitable que se tomara unas cuantas semanas de riguroso reposo.

—De acuerdo, doctor —respondió Amanda por su amiga—. Así lo hará.

—Sí, me iré a Mall-Hillmelsson —dijo Susan, así que el doctor se hubo marchado—. Así me repondré convenientemente.

—¿Vas a ir a ese lugar…?

Lex palpó el mal contenido estremecimiento que hubo en Amanda.

—Sí —dijo Susan.

—¿Por qué no eliges otro lugar más alegre, más adecuado…?

—A mí me gusta Mall-Hillmelsson. Allí me encuentro bien.

—Es una casa extraña —dijo Amanda— y permanecer allí causa inquietud, desasosiego. No parece lo más idóneo para ti, sobre todo en estos momentos…

—Ya te lo he dicho —le interrumpió— a mí me gusta aquello. Nací allí, crecí allí. Me he acostumbrado a todo aquello.

—Sí, claro —asintió Amanda, finalmente.

—Supongo —dijo Susan— que tú querrás acompañarme, ¿verdad? No vas a ser menos que Jean, mi otra amiga, y que mis tíos George y Paul. Los tres se han ofrecido a estar conmigo un par o tres de semanas.

Amanda no parecía muy predispuesta a seguir a su amiga hasta aquella casa. Sus reparos eran visibles. Pero Lex Reeves sentía ya demasiada curiosidad por todo lo que había sucedido y por todo lo que había quedado oculto, que no quiso desaprovechar la ocasión.

—Por descontado que sí, señora Arlen, Amanda estará con usted lo que sea preciso.

¡No faltaría más! Y yo también, si usted es tan amable y gentil que me lo permite…

—¿Usted? —se sorprendió Susan.

—Es que… —Le hizo un guiño—, Amanda me cae muy simpática y no quisiera separarme de ella. Es demasiado guapa y otro podría llevársela. Así que, si usted me invita a conocer Mall-Hillmelsson…

—Será un placer, señor Reeves.

Pero así que se encontraron a solas, Amanda Welles le recriminó su inoportuna intromisión. Puso la cara más seria que Lex le había visto desde que la conoció en el parador de la carretera.

—¿Y a ti quién te manda contestar por mí?

—Te veía con dudas, con reparos.

—Por algo sería, ¿no? Ya no soy una niña, ni tampoco soy tonta,

así que si digo algo, es por algo…

—Sí, claro, lo supongo —asintió—. De todos modos, comprende que honradamente no puedes dejar sola a tu amiga Susan en estos dolorosos momentos. No resultaría ético.

—Lo que pasa, ya lo sé —dijo Amanda, con un tono un tanto enfurruñado—. Tú aquí has visto algo raro, que no terminas de explicarte, y te has propuesto meter las narices en esto y dártelas de detective barato…

—Algo hay de eso —admitió Lex Reeves—. No me gustan los jeroglíficos, a no ser para descifrarlos convenientemente.

—Entonces… —Creció su gesto de enfado—, he acertado, es por eso que quieres seguir adelante… No es por lo que has dicho a Susan, que yo te he caído simpática…

—También, también… Todo va junto —afirmó Lex, y para convencerla de ello se inclinó y la besó.

—Me parece —comentó Amanda Welles— que tú de fresco tienes un rato largo.

—¿Te desagrada mucho que sea así? —quiso saber.

—Sí, por descontado que sí —afirmó—. Yo soy una chica seria, más de lo que parece que te estás figurando. Pero, en fin, de esto discutiremos en otra ocasión más oportuna. Estábamos en que quieres ir a esa casa…

—Sí —dijo Lex.

—¿Pero tú sabes qué clase de casa es? Me parece que no. Nadie debe haberte dicho nada.

—Puedes decírmelo tú, Amanda.

—Y es lo que voy a hacer.

—Puedes empezar cuando quieras.

Respiró hondo. Y dio la sensación de que se afanaba para que sus ojos oscuros no reflejaran lo nerviosa que se ponía cada vez que se tocaba ese tema. Luego dijo:

—Es una casa sin puertas ni ventanas.

—¿Eh…? —Creyó que Amanda no había hablado en serio, o que había pretendido gastarle una broma.

Pero comprendió en seguida, por su expresión, que ni una cosa ni la otra. Aquello era la verdad.

—Lo repito, Lex, sin puertas ni ventanas…

—Entonces, ¿cómo se entra allí?

—En helicóptero.

—¿En helicóptero…? —Todo aquello se le estaba antojando absurdo, casi ridículo. Aunque nada tranquilizador.

—En medio de la casa hay un gran patio —le informó Amanda— de donde toman aire y luz todas las estancias. Por ese vacío suele descender el helicóptero de la familia, pilotado por Maximiliano, exaviador de las Fuerzas Armadas.

—Un método muy original.

—Y desagradable… —puntualizó—. Quizá porque apenas se entra en la casa, uno no puede desprenderse de la angustiosa sensación de que va a quedarse allí encerrado para siempre. Como en un sarcófago de los tiempos de los faraones.

—Habrá teléfono, supongo.

—Supones mal. No lo hay.

—¿Cómo es… —preguntó Lex— que a tu amiga Susan le gusta estar en ese lugar?

—Ya lo has oído. Nació allí, creció allí. Yo no lo comprendo. No, no puedo comprenderlo en modo alguno.

—Debe de existir algún que otro motivo —reflexionó Lex—. No es normal que una muchacha, a la edad de Susan, se sienta bien en un lugar como ése.

—Su padre era un poco especial: Quizá ella también lo sea. Es todo lo que se me ocurre.

Pero Amanda dijo esto como si tal cosa, sin dar importancia a sus palabras.

De ello que Lex Reeves, de momento al menos, no analizara a fondo lo que Amanda acababa de decirle.

—Con franqueza —resumió Lex—, si antes tenía deseos de ir a esa casa, ahora aún tengo más.

—¡Eres un entrometido! —exclamó Amanda Welles—. Pero un entrometido encantador…

Él quiso aprovechar la admiración que la muchacha le demostraba, para acercarse y darle un nuevo beso.

—¡Eh, tú…! —Le paró ella—. No tan aprisa, rico. Todo por sus pasos contados.

CAPÍTULO IV

Maximiliano era un hombre de mediana edad, delgado, con muy mal color de cara. Era un eficiente piloto y una persona con cuya discreción podía contarse en todo momento.

—Señora Arlen —dijo— esta mañana he llevado a su casa a mi sobrina Loretta. Era esto lo convenido, ¿verdad?

—Sí —dijo Susan.

—Quedará complacida de sus servicios. Es una chica afanosa, pulcra, que sabrá atenderla a usted de la mejor manera. Puede estar completamente segura de ello.

—Muy bien, Maximiliano —y como si, a pesar suyo, algo lo inquietara profundamente—. ¿Todo está bien allí…? ¿Qué te han dicho Bruce, Douglas e Ida…?

—No les he visto, señora. He dejado allí a mi sobrina Loretta y he reemprendido el vuelo sin más demora.

—¡Ah, bueno! —Y ya no hizo otro comentario.

Maximiliano haría dos viajes. En el primero iría en el helicóptero la dueña de la casa y su amiga Amanda Welles, y su primo Lex Reeves. En el segundo vuelo, Maximiliano conducirla allí a Jean, la chica rubia, y a los tíos George y Paul.

—De acuerdo, señora.

A vuelo de pájaro, a Lex Reeves le pareció aquella zona verde, rabiosamente verde, prolífera en arbolado, un lugar ideal para reposar de las agitaciones que llevan consigo las grandes urbes. Pero así que apareció la casa blanca, grande, aislada, sin puertas ni ventanas en ninguna de sus fachadas, esa sensación dejó de existir para dar paso a otra distinta. Mucho menos agradable. Esto por descontado.

El helicóptero voló sobre la casa, buscando el hueco que había en el centro, en su interior, y luego fue poco a poco descendiendo hasta posarse en el fondo del patio.

Un patio de amplísimas dimensiones, donde se abría, majestuoso, el portal de la casa. Un patio hacia donde se orientaban todos los grandes ventanales acristalados.

—Pueden apearse, señores.

Así que lo hizo Susan, miró a su alrededor con un extraño gesto en su caro.

—¿Pasa algo malo, señora Arlen? —preguntó Lex, que estaba allí para no perderse ni la respiración de una hormiga.

—No vienen a recibirme… ¡Qué extraño!

—¿Te refieres a tus sirvientes…? —preguntó Amanda, que había fruncido el entrecejo.

—Sí, a ellos me refiero. Siempre están aquí, en el patio, cuando yo llego… —Crecía visiblemente su excitación.

—No le dé importancia a eso, señora Arlen —dijo Lex—. Sin duda aparecerán de un momento a otro.

—¡Loretta! —Llamó Maximiliano—. ¡Ven en seguida! ¡Tienes aquí a tu señora!

Pero tampoco Loretta se presentó.

De momento, al menos.

Luego lo hizo, pero transcurrido unos buenos minutos.

Ya para entonces, Maximiliano, el piloto, había despegado de nuevo con su helicóptero. Tenía que traer a los otros invitados. Le estaban esperando.

Al parecer Loretta, lo hizo de un modo desconcertante, asombroso. Tambaleante su cuerpo como si se hubiera bebido un tonel repleto de vino.

—¿Qué te sucede…? —le preguntó Susan, apresurándose a ir hacia ella—. ¡Por Dios, no me asustes!

La mirada, de la Chiquilla alta y desgarbada, sin formas apenas, era desquiciada. Bastaba echarle una mera ojeada, para darse cuenta de que acababa de recibir una impresión excesiva, que, sin lugar a dudas, había rebasado su capacidad de resistencia.

—Douglas ha estado cociéndose en una olla… —murmuró Loretta—. Ida ha explotado… Bruce ha muerto, helado, petrificado…

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Susan, cuyos dientes empezaron a castañetear unos contra otros.

—No me he atrevido a tocarlos —dijo Loretta—. ¡Me ha entrado

un miedo horrible, atroz! ¡Si usted tarda más en llegar, señora, creo que me hubiera vuelto loca de remate!

—Pero ¿de qué me hablas…? ¿Qué disparates estás diciendo…? ¿No ves que no tiene sentido nada de todo eso…? ¿Estás acaso desvariando…?

Sin embargo, se imponía percatarse por sí mismos de lo que Loretta acababa de decir.

Fueron primeramente hacia la cocina. Loretta les guiaba.

Y allí, en efecto, seguía la olla de extraordinarias dimensiones, colocada sobre la cocina de carbón, cuyo combustible se había ya consumido. El cuerpo de Douglas, el cocinero, sobresalía del agua, porque de tanto hervir el agua había mermado considerablemente.

—¡Sáquenlo de la olla…! —gritó Susan, descompuesta.

Lex Reeves intentó complacerla. Amanda también. Ambos, pues, cogieron la olla por las asas y la bajaron hasta el suelo, no sin un gran esfuerzo. Pero luego, al sujetar a Douglas por debajo de los brazos e intentar alzarle, el cuerpo de la víctima se les deshizo entre las manos. La carne estaba tan cocida, que al menor movimiento se despegaba de los huesos.

Susan se puso a gritar como una loca.

—La nevera… —murmuró Loretta—. En la nevera…

Lex se decidió a abrirla. Y allí, en su interior, apareció de rodillas el cuerpo de Bruce, el mayordomo. Había muerto congelado. A su lado había una botella de champán vacía…

—¡No! ¡No! ¡Nooooo…! —Susan volvía a gritar como si hubiera perdido la razón.

—Ida está en su cuarto de baño, señora —dijo Loretta.

Cuando Susan entró allí y vio el cuerpo de Ida, que había explotado, no pudo ya resistir más y cayó desvanecida.

Lex Reeves la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio.

Sólo entonces, cuando la hubo dejado ya sobre el lecho, se dio cuenta de que Amanda Welles estaba tan pálida que…

Tuvo que adelantar rápidamente los brazos hacia ella, porque, de lo contrario, hubiera caído redonda a sus pies.

* * *

—La culpa es mía —dijo la muchacha, apenas entreabrió los ojos —, no tenía por qué venir. Podía haberme excusado.

Lex Reeves estaba a su lado. Le respondió:

—Me parece que tú sabes más de lo que me dices.

Amanda Welles miró a su alrededor. Estaban solos en aquella bonita y amplia habitación.

—¿Me has traído tú hasta aquí? —preguntó.

Lex asintió.

—Sí, sé algo más… —reconoció Amanda—. Pero no quería decírtelo, me sabía mal…

—Después de todo lo que ha sucedido, imagino que te darás cuenta de que se hace inevitable que te sinceres conmigo de un modo total, absoluto. Lo contrario sólo sería un parche.

—Sí, claro.

—Vamos allá… —La animó.

Amanda Welles se incorporó un poco en el sillón donde se hallaba sentada.

—En esta casa hay escondida una gran fortuna… —empezó a decir.

Pero se interrumpió al llegar a este punto, como arrepentida de haber dicho ya tanto, posiblemente demasiado.

—Sigue —le apremió Lex.

—Es que… —vaciló—, no sé si debo. Susan me lo explicó confidencialmente.

—Si hemos de ayudar a tu amiga —dijo Lex—, hemos de hacerlo antes de que sea tarde. Así que, cuanto antes yo sepa la verdad de todo, tanto mejor para ella y para los demás.

—El padre de Susan era un poco… especial.

Era la segunda vez que Amanda calificaba de tal modo al progenitor de su amiga, así que esta vez la circunstancia no pudo ya pasarle desapercibida a Lex. Claro que no.

—Oye, Amanda, ¿qué quieres decir con eso de un poco… especial? Te agradecería que me lo aclararas.

—Un poco raro —repuso ella—, un poco extraño. Lo que, supongo, no debe sorprenderte… Puesto que fue él quien mandó edificar esta casa… Pues bien, dicho señor acumuló una fortuna de diez millones de dólares en lingotes de oro.

—¿Diez millones…? —A Lex se la escapó un silbido.

—Que luego escondió en esta casa, no sé dónde. Le indicó el lugar a su hija, a Susan, claro… Pero le rogó encarecidamente que no los tocara, a menos que necesitara el dinero. Según le dijo a

Susan, contemplar esos lingotes de oro a la luz oscilante de una vela, era una de las sensaciones más maravillosas que él había experimentado en toda su vida.

—¿Susan quería mucho a su padre?

—Sí, mucho —asintió Amanda—. Muchísimo. Sufrió enormemente cuando se quedó sin él.

—¿De qué murió?

—Del corazón, estaba enfermo hacía ya tiempo. Se pasaba el día tomando pastillas.

La conversación quedó interrumpida al presentarse Loretta, quien, por lo visto, había conseguido serenarse bastante.

—La señora ha vuelto en sí, desea hablar con usted, señor Reeves.

—En seguida —dijo Lex.

Al poco se hallaba ante Susan, que seguía en su habitación, sentada en uno de los silloncitos situados cerca del tocador.

—Tome asiento, señor Reeves.

—Gracias.

—Sigo necesitando de usted —se lo dijo así, sin más—. Espero que no me abandone. De lo contrario estoy perdida…

—No se preocupe —en Lex había una absoluta serenidad, como si todo fuera bien. Seguidamente añadió—: ¿Ha sucedido algo nuevo…?

—¿Acaso le parece poco lo que ya ha sucedido?

—No, francamente.

—Tres crímenes horrendos, bueno, cuatro… —Tembló toda ella. Aunque hacía esfuerzos por contenerse.

—¿Cuatro? —inquirió Lex.

—Sí, cuatro, no creo que lo de Steve, mi marido, fuera algo casual. No, no lo creo.

—Si subió a la balaustrada —razonó Lex— es porque quiso hacerlo.

—A menos que le obligaran —apuntó Susan.

—¿Quién iba a obligarle a hacer una cosa así? No resulta razonable esta hipótesis.

—Señor Reeves, tengo un miedo horrible…

—Se le nota.

—Si alguien ha acabado con mi marido, y también con mis fieles

Douglas, Bruce e Ida, es lógico suponer que ahora intente eliminarme a mí, ¿no le parece?

—Si usted lo dice…

—Será mejor que se lo explique —había conseguido respirar hondo. Hasta entonces sólo había respirado a medias—. En esta casa hay escondido mucho dinero.

—¿A qué llama usted mucho dinero? —no quiso decirle que Amanda ya le había informado al respecto—. ¿Un millón de dólares?

—Diez veces la cifra que ha dicho —puntualizó Susan.

—¿Tanto…? —Se hizo el asombrado.

—En lingotes de oro.

—No entiendo esa excentricidad… —Quiso que Susan se lo explicara mejor.

—Mi padre tenía ideas un poco especiales.

—Como construir esta casa, ¿no?

—Exacto —y tras conseguir nuevamente respirar hondo—: Ese dinero, señor Reeves, es mi pesadilla hace ya tiempo. Cuando era la única en saber dónde estaba escondido, vivía tranquila, sin temores, pero desde el momento que me sinceré…

—¿Con quién? —Preguntó Lex Reeves—. ¿Acaso con su amiga Jean, esa chica rubia, tan guapa y tan bien proporcionada…? ¿O tal vez con su amiga Amanda, mi digamos prima…? No, a ellas no les diría nada, me lo imagino, demasiado personal el tema. Se lo diría a sus tíos George y Paul.

—No, no lo dije a ninguna de las personas que acaba usted de mencionar. Mi confianza en ellas no ha llegado nunca a tanto. Me he referido a mi marido, a Steve…

—Prosiga.

—Por eso me había obsesionado con la idea de que Steve iba a matarme. Sabiendo dónde estaba esa fabulosa cantidad de dinero, lo tenía sencillo, me eliminaba y luego se lo quedaba todo…

—Pero las apariencias engañan, señora Arlen, ya lo ha visto usted misma. Su marido, en lugar de ser el asesino, ha resultado la víctima.

—Y no de un mero accidente —remachó—. Yo sigo en mis trece, aquello no fue casual. Hasta hace poco quería no creerlo así, pero desde que he visto lo que ha sucedido aquí… La muerte de mis tres

sirvientes… De mis tres buenos y leales sirvientes…

—¿Qué deduce, exactamente?

—Nada. A no ser, claro, que alguien pretende apoderarse de mi dinero.

—Pero si el lugar sólo lo sabe usted…

—Se lo dije a mi marido.

—Su marido ha muerto.

—Pero antes de morir pudo decírselo a alguien.

—¿Como por ejemplo…?

La respuesta no tardó en llegar. La verdad es que llegó casi con precipitación:

—A Jean.

Lex se quedó un poco cortado.

—¿Jean…? —inquirió.

—Sí, esa amiga mía, rubia, que según usted es tan guapa y está tan bien proporcionada.

—¿Por qué iba a decírselo precisamente a ella…?

—A Steve le gustaban las mujeres bonitas.

—Entonces, forzosamente tenía que gustarle su propia esposa.

—Gracias… —Esbozó una sonrisa—. De todos modos, mi marido no era hombre de una sola mujer. No lo sé de fijo, pero desde luego lo sospecho. Creo que tenía una amante.

—En conclusión, señora Arlen, ¿qué pide usted de mí?

Le advierto, de antemano, que estoy a sus órdenes. Le basta mandar.

—Le recompensaré bien… —Le anticipó, si bien ruborizándose un poco—. Soy muy rica. Puedo hacerlo.

—A las mujeres no se les cobra, en todo caso se les paga…

—Por favor, no se lo tome a la ligera. Este caso es serlo, tanto como pueda serlo la muerte.

—He podido sobradamente constatarlo así.

—Pues bien, pido de usted, señor Reeves, que me defienda de todos mientras no pueda salir de esta casa y buscar la debida protección en la propia policía.

—De acuerdo —pero Lex añadió—: De todos modos, yo de usted no me preocuparía demasiado. Dentro de poco estará aquí Maximiliano con el helicóptero y usted podrá abandonar esto.

—Quisiera creerlo así… De veras quisiera…

—¿Cómo ha dicho? —no había terminado de interpretar debidamente aquella especie de angustiosa ironía.

—Llegará Maximiliano con el helicóptero —admitió Susan—. Llegará mi amiga Jean, con mis tíos George y Paul. De acuerdo hasta aquí. Pero entonces surgirá un impedimento, un imprevisto, y no podremos salir de aquí. De momento al menos, no podremos... Ya lo verá usted.

—¿Cómo puede saberlo?

—No lo sé, pero lo intuyo. El asesino que anda suelto, lo lleva todo pensado, calcado... Le ha dado demasiadas vueltas al asunto, para que tan pronto le falle algo...

CAPÍTULO V

En espera de la llegada del helicóptero, Lex Reeves se dedicó a ver qué tal estaba la casa. Una casa que, evidentemente, de insólita y casi increíble lo tenía todo.

Era, no obstante, un edificio de planta baja y un piso, construido a conciencia, con amplios ventanales y enormes vidrieras orientadas al patio central, donde la luz se filtraba desde lo alto.

Abundaban los salones. El comedor era magnífico. Estaba todo amueblado con refinado gusto.

Había un sótano, y allí estaba la bodega. En aquel lugar abundaban los buenos vinos. También había del mejor *whisky* y champán francés. No faltaba de nada.

—Aquí pueden estar escondidos los lingotes de oro… —masculló Lex para sí. Pero en seguida se corrigió a sí mismo—: No, resultaría una idea demasiado vulgar. Y el hombre que construyó todo esto, de vulgar tenía poco…

Cuando iba a salir de la bodega, fue cuando se cruzó con Loretta, la chiquilla alta y desgarbada, apenas sin formas, que daba la impresión, de buenas a primeras, de valer muy poca cosa.

Pero Lex la miró más detenidamente, y entonces reparó en cierto atractivo sexual, procaz, que se desprendía de todos y cada uno de sus gestos.

De modo instintivo, Lex pensó: «Quizá fuera ella la amante de Steve Arlen…».

Dijo en voz alta:

—Debes estar aún muy asustada.

—¡Oh, sí, señor Reeves! ¡Ha sido todo tan horrible!

—Si lo hubieras sabido, seguro que no aceptas este empleo. Desde luego, hubieras hecho bien.

—He venido a esta casa —dijo Loretta— porque la señora paga con mucha generosidad, es lógico, de lo contrario nadie se atrevería

a entrar aquí. Aun así, yo hubiera preferido servir en otra parte.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Mi tío Maximiliano, que está a las órdenes de la señora Arlen desde hace ya varios años, desde antes de que se casara, me dijo que viniera, que no fuera tonta, que en poco tiempo podría ahorrar lo preciso para luego poder establecerme por mi cuenta, poniendo una pequeña tienda, o algo así. Además, como el señor Arlen, que en paz descanse, me dijo que… que…

Se detuvo. Le había sabido mal irse de la lengua.

—¿Qué te dijo? —preguntó Lex.

—No, nada… Nada… —Quiso, en última instancia, omitir el ya iniciado comentario.

Pero Lex Reeves no estaba dispuesto a consentírselo. Le interesaba saber aquello. ¡Y tanto que sí! Lo necesitaba para esclarecer aquel asunto. O al menos para intentarlo.

—La policía no tardará en intervenir. No es éste el momento de callarse nada —y la apremió—: Anda, habla.

—Me dijo el señor Arlen, que me pagaría un buen sobresueldo si vigilaba a su esposa… Pero, por favor, no se lo diga a la señora… Si supiera que eran ésas mis intenciones…

—¿Si la vigilabas…? —preguntó.

—El señor Arlen sospechaba de su esposa.

—¿En qué sentido?

—Decía que su esposa hacía cosas raras, extrañas. Eso le tenía muy inquieto, muy preocupado.

—¿Qué es lo que nacía la señora Arlen?

—Por ejemplo —dijo Loretta— levantarse a medianoche, y a pesar de tener una buena linterna eléctrica en el cajón de la mesita de noche, coger una vela, encenderla, e irse a… El señor Arlen, que fingía dormir, no podía saber adónde. Y es eso lo que quería averiguar por mi mediación.

—Curioso… —Fue el breve comentario de Lex.

No continuaron con la conversación, porque en aquel preciso instante se oyó el motor del helicóptero y el ruido que al cortar el aire hacían sus hélices horizontales.

—Bueno —dijo Lex Reeves—, ya seguiremos hablando.

Seguidamente, se apresuró a salir de la bodega, yendo hacia el patio. Un patio que, por los lados, tenía abundantes plantas y

mucha yedra.

En el centro, asfaltado, tardó poco en ponerse aquel pájaro de hierro. Luego se apeó Maximiliano, tendiendo la mano a la rubia y guapa Jean para ayudarla a descender. Finalmente salieron de allí los tíos de Susan, George y Paul.

Lex se acercó a ellos, explicándoles lo sucedido, aquellas tres muertes espeluznantes. Jean se llevó las manos a la boca en un gesto de horror. George y Paul quedaron pálidos, lívidos, sin acertar a pronunciar palabra. Maximiliano, por su parte, se puso muy nervioso, pero tampoco dijo nada.

Ya contado todo, Lex dijo, dirigiéndose al piloto:

—Interesa que saque de aquí, cuanto antes, a la señora… Ahora mismo voy a ir a buscarla.

—Imposible —respondió Maximiliano—. El motor tiene una avería. Acabo de darme cuenta… Afortunadamente, he podido posarme sin novedad… Tendrán que esperar a que arregle lo que sea, que aún no sé lo que es… No queda otra solución…

Susan había aparecido en el patio. Acababa de oír estas últimas palabras. Miró a Lex de un modo significativo, como diciéndole: ¿Se da cuenta…? Lo que le dije.

No mucho después, tras comprobar y revisar detenidamente todas y cada una de las piezas del motor, Maximiliano sentenció:

—Aquí tengo trabajo para muchas horas… No puedo precisar cuántas… —Y rezongó—: Parece como si alguien o hubiera averiado a propósito… Sí, de veras, lo parece…

—Pero ¿no está este cacharro ni siquiera en disposición de sacarnos de aquí? —preguntó Amanda Welles—. Aunque sólo sea eso, sacarnos…

—Si alguien quiere estrellarse, que lo intente —dijo el piloto—. No puedo, desgraciadamente, añadir nada más.

En fin, puesto que no iban a poder irse de allí tan rápidamente como hubieran deseado, se hacía forzoso e inevitable hacer algo con los muertos. Eran tres los cadáveres que habían dejado juntos en una habitación. El cuerpo de Ida, en franca descomposición, apestaba…

No así el de Douglas, que era pura carne cocida… Menos aún el cuerpo de Bruce, que hasta llegar ellos había permanecido petrificado…

Como sea, ahora tenían que pensar algo. Aunque había poco que pensar. Sólo había tierra en el patio.

—Haremos un hoyo y los enterraremos —dijo Lex—. Luego ya hará la policía lo que juzgue más conveniente… —Y volviéndose hacia la dueña de la casa—: ¿Le parece bien, señora Arlen?

—Lo que ustedes digan —respondió.

El trabajo no fue nada agradable. Pero intervinieron los cuatro hombres, así que se acabó relativamente pronto.

Las mujeres habían permanecido al margen.

—Yo no podría hacerlo —había dicho Amanda Welles con angustia, al ver trasladar los cuerpos.

—Yo tampoco… —añadió la rubia Jean, apenas respirando.

—Ni yo… —apuntó Loretta.

Una vez acabado el trabajo, los hombres optaron por beber algo. Sí, les estaba haciendo mucha falta una taza de café y un buen trago de licor.

Se reunieron en uno de los salones. En el que tenía una mesa de billar en uno de sus extremos.

Empezaba a oscurecer.

—No va a ser ésta una noche agradable —comentó tío George, y echó un vistazo al reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

Una chimenea que permanecía apagada, pues el tiempo era cálido, agradable, como correspondía a junio, que era el mes en que estaban.

No obstante, más de uno de los allí reunidos, tenía frío. Más bien escalofríos, estremecimientos. Pero eso, claro, no era debido al tiempo, sino al ambiente que les rodeaba, que no tenía nada de tranquilizador.

—Si al menos esta noche fuera la última… —dijo tío Paul—. Con franqueza, yo ya firmaría… Pero a juzgar por la clase de avería que tiene el helicóptero…

—¿Entiendes tú de esa clase de averías, tío? —preguntó Susan.

—No, francamente —admitió—. Pero Maximiliano lo ha dicho bien claro, tiene para muchas horas… Eso tal vez quiera decir, que tengamos que pasar aquí más de una noche, ¿no os eso? —Y miró al aludido.

—Sí —contestó éste.

—Ha exagerado, estoy segura —dijo Jean, cuya respiración era

bastante entrecortada, por lo que su llamativo busto se hacía notar aún más—. Lo dice para asustarnos…

—¿Qué ganaría yo con eso? —Preguntó Maximiliano—. Me he limitado a no darles falsas esperanzas. Era mi obligación.

—Supongo que sí —admitió Amanda, aunque no de muy buena gana—. De todos modos —añadió—, yo esta noche no voy a acostarme. Prefiero quedarme despierta, por si acaso…

—Lo mismo digo —repuso Jean.

—De acuerdo —dijo Susan.

—Yo me quedaré al lado de la señora —se apresuró a hacer constar Loretta.

* * *

Habían cenado.

Loretta les había servido un poco de caldo y un plato de carne de lata, a la que había añadido unas cuantas patatas.

Luego, tan nerviosos como antes de sentarse a la mesa, los comensales regresaron al salón de billar. Entonces Lex dijo:

—Si no van a acostarse, yo les sugiero que jueguen a las cartas, o al billar los caballeros. Les interesa entretenerse en algo, para que el tiempo pase más aprisa.

—No es mala idea —opinó Jean.

—Traeré unas cartas —dijo Susan, y salió de la amplia estancia.

Lex Reeves la siguió con la mirada. No estaba dispuesto a perderla de vista. Por lo que pudiera pasar.

Instantes después habían organizado una partida de póquer. Pero la rubia Jean, a pesar de opinar en un principio que jugar era una buena idea, finalmente optó por dejar jugar a los demás. Así pues, se sentaron alrededor de la mesa, Susan, Amanda, Maximiliano y tío Paul. Tío George quedó en pie, dando vueltas a la mesa, viendo cómo se descartaban unos y otros.

Maximiliano había querido ir a ponerse a trabajar en la avería, sin más demora, pero los demás le aconsejaron que se tomara una pausa.

—Es que prefiero hablar con usted… —le dijo Jean a Lex Reeves, así que pudo.

—Qué coincidencia —sonrió él—, en lo mismo estaba pensando yo.

—¿De veras?

—Se lo prometo.

Se alejaron hacia uno de los extremos del amplísimo salón. Así podrían conversar discretamente.

—Prefiero que lo sepa, tengo miedo…

—Supongo que, más o menos, deben tenerlo todos —dijo Lex.

—¿Usted también? —Preguntó Jean—. Pues no hace cara. Parece como si estuviera tan fresco. Comprendo, pues, que le necesito.

—¡Ojalá me necesitara para algo más…! —Y Lex la miró atrevidamente, mientras pensaba que era tanto o más guapa que Amanda.

—Por favor… —protestó.

—Bien, dígame de qué se trata. Porque se trata de algo concreto, No creo equivocarme.

—No, desde luego —se pasó los dedos de su mano derecha, como si fueran púas de peine, por sus rubios cabellos, echándoselos hacia atrás. Seguidamente añadió—. Susan desconfía de mí… No sé hasta qué extremo, ni en qué sentido exactamente, pero desconfía…

—Si no estoy mal enterado, Susan le escribió una carta, pidiendo, solicitando su compañía. Eso sólo se hace con las buenas amigas.

—Y éramos buenas amigas. Sin embargo…

—¿Qué sucedió?

—La culpa la tuvo Steve, bueno, el señor Arlen… Me sabe mal decirlo, porque el señor Arlen ha muerto y está feo hablar mal de los muertos. Sin embargo, a no ser por él, Susan y yo seguiríamos siendo las mejores amigas del mundo.

—Le he preguntado qué sucedió.

—Poco antes de la fiesta de aniversario —el busto de Jean subía y bajaba muy aprisa y a Lex le costaba apartar de allí su mirada—. Steve, bueno, el señor Arlen, me dijo que le gustaba, que yo tenía que ser para él… Antes de darme tiempo a reaccionar, me abrazó… Entonces apareció Susan… Nos soltamos en seguida, pero yo creo que nos vio… Sí, lo creo… Por eso temo, ¡oh, sí!, que su insistencia en invitarme a venir aquí, entrañe algún inconfesable propósito…

—¿Es esto lo que le hace sentir miedo?

—ES posible.

—Si todo estaba un poco turbio entre ustedes dos, ¿por qué vino

a esta casa?

—Ella me invitó. Supuse que si me negaba iba a parecer aún más culpable.

—De acuerdo. En fin. ¿Qué quiere de mí? ¿Que la cuide y proteja como a una niña indefensa?

—¿Es pedir demasiado?

—De niña tiene ya poco —la mirada de Lex recorrió lentamente su anatomía.

—Pero sí tengo de indefensa.

—De acuerdo. Velaré también por usted.

—Gracias, señor Reeves.

El tío Paul se había acercado al mueble-bar, sirviéndose un combinado. Viendo que Lex le miraba, le preguntó:

—¿Preparo otro para usted, señor Reeves?

—Bueno.

Había aceptado con la sola pretensión de dialogar un poco con aquel hombre de unos cuarenta años, alto, rubio, con bigote, que vestía con tan refinada e innata elegancia.

—Mala papeleta la que tenemos entre manos, ¿eh?

Esperó a ver qué le contestaba.

—Que lo diga, de buena no tiene nada —había bebido un buen sorbo de aquel explosivo—. Qué, ¿le gusta mi combinado?

—Me ha hecho recordar la bomba atómica —repuso Lex.

—Oiga, ¿qué opina usted…?

—¿Del combinado o de los crímenes?

—De lo segundo.

—Usted es de la familia y debe saber mejor que yo a qué huele todo esto. Es el tío de Susan… —E indagó—: ¿Hermano de su padre?

—No, no, de su madre —lo dijo con precipitación.

Con una precipitación que, según como se mirara, tenía bastante de delatadora.

—Me ha respondido —repuso Lex, haciendo hincapié en el detallo— como si ser hermano del padre constituyera un pecado.

—Un pecado no —puntualizó tío Paul—, pero evidentemente sí un peligro.

—¿Ha dicho peligro…?

—Supongo que es la palabra que encaja mejor, ¿no le parece?

—No sé, no conocí al padre de la señora Arlen.

—Pero supongo que habrá oído hablar de él.

—Uní poco.

—Imagino que le dirían cómo acabó…

—Muriéndose —dijo Lex—. Todos acabamos igual. —Él, de un ataque al corazón.

—No me refería a eso.

—¿A qué, pues…?

—Por lo que veo, usted no sabe de qué va.

—Lo sabré, en cuanto usted me lo diga…

Pero su hermano George acababa de ganar a las cartas, con un precioso póquer de ases, y le llamó para que viera su jugada.

—Lo lamento, me llaman —se excusó tío Paul, alejándose ya.

A Lex no le tocó otro remedio que resignarse. Esperaría una nueva ocasión.

CAPÍTULO VI

Habían repartido cartas, una vez más.

—Me está dando lo mismo ganar que perder —les hizo saber Amanda Welles, levantándose—. Esto resulta aburrido… Dejo mi puesto…

Los demás se miraron y optaron por hacer otro tanto. Tenía razón la muchacha, aquello ya no les entretenía.

—¿Por qué no vamos a descansar un poco? —Sugirió tío Paul, cuando el reloj de la repisa de la chimenea marcaba las tres y media —. Aunque no durmamos…

—Las mujeres han dicho que se quedan aquí, levantadas — recordó Lex—. No vamos a dejarlas.

—A mí no me importaría dormir un poco —cambió de idea la rubia Jean—. Con cerrar bien la puerta…

—Quizá sea lo mejor —convino Susan, la joven dueña de aquella extraña casa.

—Lo que usted diga, señora —acató Loretta, que no se hallaba muy lejos.

Finalmente se fueron cada uno de ellos a sus respectivos dormitorios. Todos estaban situados, a excepción del de Loretta, en el piso.

Y la casa blanca, sin puertas ni ventanas en sus fachadas exteriores, quedó a oscuras, en un riguroso y estremecedor silencio. Un silencio que daba la sensación de estar cargado de terribles maleficios.

Todo fue bien de momento, durante dos o tres horas aproximadamente. No más.

De pronto sonó el grito…

Sonó, más bien, el alarido…

El hombre había electrizado pavorosamente la casa con su voz herida, mortalmente desgarrada.

Lex Reeves estaba echado sobre su cama, vestido, alerta al menor nudo. Alerta, sobre todo, a la puerta de enfrente, que era la habitación de la dueña de la casa.

Arrojó al suelo el cigarrillo que fumaba y salió velozmente al pasillo.

Al poco se le reunía Amanda, también vestida. Por lo visto nadie se fiaba de nada. Como es lógico.

—¿Qué ha sido? —preguntó ella.

—Ha gritado alguien.

—Ha sido una voz de hombre.

—Sí.

No tardó en aparecer Susan, asustadísima, y la rubia Jean, más asustada todavía, y el tío George, envuelto en una elegantísima bata a cuadros. Después llegó Maximiliano. La última fue Loretta, como era natural, pues su dormitorio estaba en la parte baja.

—Falta mi hermano… —dijo tío George, estremeciéndose.

—¡Tío Paul! —gritó Susan.

Se dirigieron conjuntamente hacia su dormitorio, cuya puerta encontraron abierta. Pero al entrar, no le vieron, no dieron con él. No estaba.

—Miremos en el cuarto de aseo.

Tampoco se hallaba allí.

—Yo diría… —opinó Susan—, que el grito ha sonado en el sótano. Sí en el sótano…

—¡Vamos allá! —exclamó Lex.

Se precipitaron escaleras abajo. Unos antes y otros después, pero todos formando un grupo. Tal vez temiendo separarse.

Encendieron la luz del sótano…

¡Y allí estaba el tío Paul, colgado de una viga del techo! ¡Pero colgado de pies, cabeza abajo!

Bueno, eso de cabeza abajo no es más que un decir. No es más que una manera como otra de expresar el modo, la posición en que se hallaba. En realidad, estaba sin cabeza…

Ésta había sido seccionada por un hacha, que goteando sangre se hallaba en el suelo, junto a la cabeza decapitada.

Susan gritó espantada, horrorizada, mientras la rubia Jean se apretaba contra el cuerpo de Lex Reeves.

Amanda Welles se tambaleó, pero no pidió ni buscó ayuda ni

apoyo en nadie.

En esta ocasión, Loretta fue la más serena. Por lo visto, después de encontrarse con aquellos tres cadáveres, estaba ya medio curada de espantos.

—Pobre tío Paul… —sollozó Susan.

Tío George se acercó a la cabeza de su hermano, que se hallaba entre un aterrador charco de sangre. La cogió entre sus manos temblorosas y la dejó sobre un cajón, con cuidado. Debió parecerle irrespetuoso, tal vez indigno, dejarla allí en el suelo. Luego preguntó:

—¿Me quieren ayudar a descolgarlo?

—Naturalmente —se ofreció Lex Reeves.

Así que lo hicieron, algo cayó de uno de los bolsillos del cadáver. Se trataba de un botón de fantasía, de color rojo.

Lex miró inquisitivamente a las mujeres, una a una.

Luego les preguntó, sin andarse por las ramas:

—¿Quién de ustedes tiene un vestido rojo…?

Todas movieron negativamente la cabeza.

—Tengo la sensación —dijo entonces Lex— de que una de ustedes me miente. Pero, claro, no puedo saber quién es…

—¿Eso lo explicaría todo? —preguntó Jean, si bien con un tono un tanto incrédulo.

—Por lo menos —repuso Lex— aclararía algo… Bueno, yo lo supongo así… En fin, salgamos ya de aquí.

Salieron todos, pero tío George se quedó. Miraba a un lado y al otro, como buscando algo.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Lex.

Tío George no contestó.

—¿Qué es lo que busca…? —volvió a preguntar Lex.

—Si mi hermano dejó su habitación y vino aquí —repuso finalmente—, eso significa que esperaba encontrar algo… Pues ese algo es lo que busco, ni más ni menos.

—¿Se imagina lo que puede ser?

Tío George miró por primera vez a su interlocutor. Hasta entonces había estado observando simplemente a su alrededor.

—No suelo afirmar nada —respondió— mientras no estoy enteramente seguro de una cosa.

Se dispuso a abandonar el sótano. Se había convencido ya de

que allí no iba a encontrar lo que buscaba.

—Un momento. —Lex le detuvo—. Desearía añadir algo.

—¿De qué se trata?

—Yo empecé una conversación con su hermano. Una conversación que esperaba proseguir a la primera ocasión. Por desgracia, eso ya no va a ser posible. De todos modos, pienso que quizá usted tal vez podría proseguírmela por él.

—¿En qué quedaron…? —Se había detenido a un par de pasos de la puerta de salida.

Lex se acercó a él.

—Su hermano Paul estaba haciéndome alusión a cómo acabó el padre de su sobrina Susan.

—Murió del corazón —repuso tío George.

—Eso dije yo —adujo Lex—, pero su hermano Paul se estaba refiriendo en otro sentido…

—¡Ah, ya! —exclamó.

—Si fuera usted tan amable de ampliarme esa información, le quedaría sumamente agradecido. Cuente con mi discreción, si es que…

—No es precisa su discreción —le Interrumpió— ni la de nadie. Bien mirado eso no es ningún secreto, aunque tampoco es del dominio público… El padre de Susan acabó loco.

—¿Loco?

—Sí, tuvieron que encerrarle en un manicomio. A nadie le extrañó, en realidad toda su vida había estado mal de la cabeza.

—No lo sabía. Confieso…, eso sí, que la idea se me había ocurrido. Ante ciertas sugerencias de tinos y otros…

—Suerte ha sido que Susan no haya heredado su tara, ¿no cree?

* * *

Amanda Welles puso cara de enfurruñada así que vio que Lex se dejaba ver.

—¿Te sucede algo…? —le preguntó él.

En aquellos momentos empezaba a amanecer. La luz del nuevo día, si bien apagada y triste, entraba por los ventanales.

—Como a todos los aquí reunidos, me sucede más que algo —repuso Amanda, nerviosa—. ¿O es que esta situación te parece una perita en dulce…? Ahora bien —puntualizó—, si te refieres exclusivamente a mi mal humor, te diré que a gusto te daría de

bofetadas…

—¿A mí? —Se hizo el sorprendido, aunque Lex había comprendido ya que Amanda estaba celosa.

—Sí —y aclaró—: Yo no quería venir aquí. A no ser por ti, que me comprometiste, hubiera encontrado una excusa mejor o peor para quitarme de encima el compromiso. Pero, lo dicho, tú me comprometiste…, y a mí, por lo demás, quiero ser enteramente sincera, tampoco me cayó mal la idea de estar unos días a tu lado.

—Me halagas.

—Pero yo no me suponía esto…

—No, claro. No podías suponerte estas horribles muertes. No cabe duda, un peligrosísimo asesino anda entre nosotros.

—Ahora no me refiero a eso.

—¿A qué, pues?

—A que no tienes más que ojos y atenciones para esa rubia de Jean, cuyas formas, cada vez que la miras, casi te hacen bizquear.

—No exageres, preciosa —se rió Lex.

—Además —quiso decírselo todo de una vez—, ella es una fresca, debe tener más horas de vuelo que un avión viejo. A la menor oportunidad, se acerca y se pega a ti que ni una lapa lo haría mejor.

—No tanto…

—Como si no la hubiera visto. Y tú encantado, que también te veo… En lugar de eso, lo que tú debieras hacer es vigilarme a mí, protegerme a mí. Tú eres responsable de que yo esté aquí, no lo olvides.

—No te preocupes, mientras yo esté a tu lado no te sucederá nada malo.

—No lo veo claro. Te pasas las horas pendiente de Susan y de Jean. ¡Oh, sí, te daría de bofetadas!

Lex Reeves cogió la diestra de la muchacha y la acercó a su rostro, que empezaba a no estar ya muy bien rasurado.

—Anda, hazlo, no te voy a odiar por eso.

Pero antes de darle tiempo a tomar una determinación en uno u otro sentido, la besó.

Amanda quedó desarmada.

—¡Oh, granuja, qué trucos tienes! —Y la voz le salió dulcísima.

CAPÍTULO VII

Lex Reeves no tardó en llegar a una conclusión. Había que abandonar Inmediatamente aquella casa.

No iban a permanecer allí, como estúpidos, mientras el miedo les atenazaba. Y mientras el asesino les iba liquidando… Porque todo hacía presumir que el tío Paul no iba a ser el último en morir.

Esperar a que Maximiliano arreglara la avería del helicóptero, era pedir demasiado a unos y a otros. Era, indudablemente, afrontar un riesgo excesivo e innecesario.

—Pero de aquí no se puede salir —le dijo Susan—. Esta casa no tiene puertas ni ventanas, usted ya lo sabe.

—Me inclinaría a suponer —apuntó Lex con la mirada taladrante— que al construir esta edificación, se construyó, asimismo, alguna salida secreta. En tal caso, usted lo sabría…

—De ser como usted indica —le reprochó Susan—, ¿a qué supone que esperaría para decirlo?

—Disculpe.

—No, esta casa no tiene ninguna salida secreta —aseguró. Seguidamente había de añadir—: Muebles, cuadros, alfombras, cortinas, todo…, todo tuvo que sor entrado aquí a través del helicóptero. Si duda de mis palabras, pregunte a Maximiliano.

Dicho esto, una pausa se antepuso entre ambos.

Pero pronto la rompió Lex, con desenvoltura:

—Dígame, señora Arlen, ¿por qué invitó aquí a su amiga Jean si sospecha que ella pudo ser la amante de su marido? Y si sospecha, en consecuencia, que olla puede ser la persona que sabe dónde están escondidos esos lingotes de oro.

—Lo hice por mero compromiso, por simple cortesía —dijo Susan—, convencida de que ella declinaría mi invitación. Pero ella aceptó, quizá para demostrar que mis sospechas, en todos los sentidos, son infundadas… En verdad no estoy segura de nada.

—Comprendo.

Otra pausa.

Y otra vez fue Lex quien habló:

—Como le decía, es preciso que salgamos de aquí. Sensatamente no nos queda otra solución.

—Pero ¿cómo…? —inquirió Susan.

—Muy sencillo. Con los picos que hicimos un hoyo y enterramos a los cadáveres, haremos un agujero en cualquiera de las paredes de la casa y así saldremos de una vez al exterior.

—Las paredes son de cemento armado —le hizo saber— y tienen un grosor considerable. No va a resultar sencillo.

—Sudaremos a chorros si es preciso. Todo menos quedarnos aquí.

—Supongo que tiene usted razón.

—No lo ponga en duda. A propósito, quisiera hacerle otra pregunta… Si no le molesta…

—Hágame todas las que desee. ¡Ojalá pueda yo ayudarle en algo!

—Cuando su marido y usted se dispusieron a celebrar su primer aniversario de bodas, ¿estaban residiendo aquí…?

—Sí. De todos modos, al poco de llegar a Nueva York, Steve me dijo que tenía que dedicarse un poco a ciertos negocios y me dejó sola, en el hotel. Me aseguró que regresaría antes de que hubieran transcurrido un par de horas, pero tardó algo más… No le vi hasta el día siguiente, para ser exactos… Yo creo —se le atragantó la voz— que estuvo con su amante. Con Jean, o con la que fuera…

—¿Qué hizo usted mientras tanto?

—¿Yo…? —Pareció un poco sorprendida de la pregunta—. Pues nada, nada… Esperar que regresara. No salí de mis habitaciones del hotel… —Y con un pestañeo un poco nervioso, muy nervioso para ceñirse estrictamente a la verdad—: ¿Por qué me pregunta eso…?

—Para saberlo.

—Sí, ya comprendo —los nervios se le habían puesto a flor de piel—. Está desconfiando de mí… ¡Pero no comprende que resulta ridículo, absurdo! ¡No tendría sentido que yo matara a alguien para hacer míos esos millones en lingotes de oro! ¡Son ya míos! ¡Legítimamente míos!

—Por favor, señora Arlen, yo no he dicho nada de todo eso. Es

usted la que lo está diciendo.

—Pero la idea se la leo… Por lo demás, para dar con el motivo de su desconfianza hacia mí, no hace falta ser un lince. Le han dicho que mi padre acabó encerrado en un manicomio. Le han dicho que estuvo loco toda su vida… ¿Supone, acaso, que yo estoy igual que él…?

—De usted sólo he pensado —dijo Lex Reeves sin perder la serenidad— que es usted una muchacha encantadora, y que tiene cara de buena.

—Muy diplomática y a la vez muy halagadora su respuesta.

—Muy sincera también.

—Bueno, dejémonos de intercambiar impresiones, que no van a llevamos a ninguna parte, y ponga usted manos a la obra. ¿No dice que hay que salir de aquí como sea? De acuerdo, estoy con usted. Proceda en consecuencia. Tiene mi autorización.

Pero de proponerse tal fin, a llevarlo a la práctica, mediaba indudablemente un abismo.

La prueba, que al ir a buscar los picos, éstos habían desaparecido.

—Recurriremos al hacha —dijo Lex—. Un hacha puede servir para algo más que segar una cabeza.

Pero al entrar en el sótano, donde se hallaba el cadáver de tío Paul esperando cristiana sepultura, vieron que el hacha también había desaparecido…

En realidad, no había quedado al alcance de ellos nada que pudiera servirles para la finalidad deseada.

—¿Qué hacemos ahora…? —Se angustió Susan.

—No lo veo claro —rezongó Lex.

—No vale la pena intentar nada con la pared —dijo Susan—. Sólo con cuchillos, no veo, francamente…

—De acuerdo —repuso Lex—, esperaremos a que el helicóptero esté en disposición de sacarnos de aquí.

—Tantas, tantas horas de espera —murmuró Jean—. Se me antojan una verdadera eternidad.

—Si el helicóptero nos fallara —añadió Lex—, intentaría escalar el tejado, desde uno de los ventanales, y luego, desde allí, con una cuerda, procuraría deslizarme al exterior. Pero no me ofrezco a hacerlo ahora, porque la casa está edificada, evidentemente, para

que el que haga eso se rompa sin remisión la cabeza.

* * *

Nuevamente las sombras de la noche se habían abatido ya sobre la casa blanca, sobre Mall-Hillmelsson.

Con una lámpara de petróleo a su lado, para así poder intensificar la luz donde más pudiere interesarle, Maximiliano seguía trabajando en la avería. Sin concederse reposo, puesto que sabía que de lo que él hiciera dependía la salvación de todos, incluso la suya propia. Por lo menos, tenía todas las trazas de ser así.

Lex Reeves reparó en los demás, que volvían a estar reunidos en el salón de billar. La ocasión, por tanto, le pareció inmejorable para ir a echar un vistazo al piso superior, concretamente al dormitorio de la dueña de la casa.

Se alejó con discreción, dirigiéndose hacia la escalera. Desde luego, iba dispuesto a todo. Se hallaba consciente de que cualquier peligro podía acecharle desde el ángulo más inesperado.

Lástima que no contara con una pistola. En caso necesario, tenerla a su alcance le hubiera simplificado mucho la situación. En fin, por falta de una buena automática, no iba a quedarse rezagado.

De pronto, notó una presión en su brazo.

—Si no dio un respingo, le faltó poco. La situación resultaba idónea para tal clase de reacciones.

—Soy yo… —le oyó decir sigilosamente.

Amanda Welles estaba a su lado.

—¿Qué haces? —le preguntó él.

—Te he visto salir —dijo la muchacha—. ¿Adónde vas…?

—A curiosear un poco.

—¿Puedo acompañarte?

—Si no te da miedo…

—Me da más miedo permanecer lejos de ti. Sé que entre ellos está… está…

No se atrevió a decir «el asesino». La lengua le quedó pegada al paladar.

—Vale —sonrió Lex, y la cogió por la mano.

Juntos subieron la escalera. Bastante despacio porque aquello estaba ya muy oscuro y ante todo era preciso no hacer ruido. Eso hubiera significado llamar la atención de los demás.

Ya en el piso, Lex llevó a la muchacha directamente hacia el dormitorio de Susan.

—¿Qué buscas aquí…? —quiso saber Amanda.

—Algo que me abra los ojos.

—No pareces tenerlos cerrados.

—De simples sospechas no salgo —dijo Lex—. Eso es insuficiente. Tengo que dar con algo que me permita…

Habían entrado en la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas. Lex, entonces, encendió la luz.

—Si Susan nos sorprende —repuso Amanda—, se va a enfadar mucho.

—No tiene por qué sorprendemos. Éste es un buen momento.

—Pues adelante…

Lo primero que hizo Lex, fue descorrer las puertas del armario ropero. Estaba lleno de trajes bonitos. Desde luego, los había de todos los colores. Pero no, rojo ninguno…

Luego revisó el tocador. No, tampoco allí encontró nada que mereciera la pena.

Reparó en el *secrétaire*, colocado en uno de los extremos de la habitación.

—Vamos a mirar aquí —dijo a Amanda.

—Si no me dices lo que buscas, yo qué sé…

Afortunadamente, no lo encontró cerrado. Pudo, pues, curiosear a plena comodidad. Pero tampoco, nada había allí que le llevara a deducir algo positivo, concreto.

Por lo menos…, hasta que dio con aquel álbum de fotografías en color.

Empezó a hojearlo.

En las primeras fotografías, aparecía muy a menudo un hombre alto, de fuerte complexión, con el cabello muy blanco.

—Éste era el padre de Susan —le informó Amanda.

Volvió a verle en varias fotografías más. Por descontado, se veía por su mirada que no era un hombre normal. Además, sorprendía su invariable actitud ante la cámara fotográfica, casi siempre apoyado en una chimenea de mármol blanco y negro, en pose orgullosa, un tanto ridícula.

Lex pasó por alto aquellas fotografías en color, buscando las siguientes. Y sí, dio con algo en cierto modo muy importante. Allí

aparecía Susan con un traje rojo.

Allí aparecía Susan con un traje rojo.

—Me dijo que no tenía ninguno de este color… —masculló Lex entre dientes.

—No sabemos cuánto tiempo hace de esa fotografía —razonó sensatamente Amanda.

—Sí, es cierto —convino Lex.

Cuando acabó de hojear el álbum, siguió buscando por los cajones. Por todos ellos, sin descuidarse ninguno.

—De veras, Lex, no sé qué buscas… —dijo Amanda.

—Buscaba —le hizo saber— los planos de esta casa. Seguro que hay una salida secreta. Construirla así, como parece que está construida ésta, sin puertas ni ventanas al exterior, cerrada, herméticamente cerrada, sólo se le ocurriría a un…

—… Demente —concluyó Amanda Welles—. Pero el padre de Susan era eso, exactamente eso… Tienes que tenerlo en cuenta.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —inquirió Lex.

—¿El qué?

—Que estaba loco.

—He preferido que te lo dijeran los demás. Seguro que ahora ya lo sabías…

Compréndeme, Susan es mi amiga… Hay cosas que no resultan agradables de decir.

—Te comprendo. Bueno, vámonos ya de aquí. Poco hemos sacado en claro, pero era ésta una visita obligada.

—Sí, vámonos ya.

Mientras bajaban la escalera, que seguía casi totalmente a oscuras, Lex volvió a besarla.

—No pierdes ocasión, ¿eh?

—De tonto no tengo nada. —Lex se rió bajito.

CAPÍTULO VIII

Esa noche habían decidido no acostarse.

Pero varios de ellos se habían echado en cómodos sillones y medio dormitaban.

Lex Reeves estaba buscando la ocasión de despistarse…

Deseaba recorrer la casa y ver en qué estancia se hallaba aquella chimenea, de mármol blanco y negro, que había visto repetidamente en las fotografías del álbum. Aquella chimenea en la que invariablemente se apoyaba el padre de Susan.

Había reflexionado sobre el particular… Sobre el tal detalle en cuestión…

¿Por qué siempre era esa chimenea su decorado de fondo? Cabía, por descontado, una respuesta. Porque el padre de Susan se sintiera orgulloso…, ¿de aquel mármol blanco y negro, que formaba hermosos salientes? ¡Oh, no, demasiado poca cosa para despertar la vanidad de un hombre que tenía escondidos diez millones de dólares en lingotes de oro…! Entonces, pues, en buena lógica cabía suponer que…

—Voy a ver cómo va Maximiliano —dijo Lex en voz alta.

En efecto, se dirigió al patio central. En eso no mintió. En verdad, le interesaba saber, tanto como pudiera interesarle a los demás, si los trabajos iban por buen camino.

—Aún va para largo… —le respondió Maximiliano.

—Si necesita que se le eche una mano, ya lo sabe.

—Hay que ser mecánico para trajinar por aquí dentro.

—Es una lástima.

Lex Reeves vio que allí cerca tenía una linterna de pila, y adelantó el brazo, cogiéndola.

—¿Puedo llevármela? —preguntó.

—Si, a mí me basta con la lámpara de petróleo.

A su claridad, el piloto de la joven señora Arlen tenía aún peor

color de cara que la que en él era habitual. Lex dedujo que también él debía estar pasando su miedo.

—Gracias por la linterna.

Se había alejado ya del patio, cuando Lex Reeves, ya en el interior de la casa, casi tropezó con Loretta. Sólo había luz en el salón de billar, así que apenas se habían visto.

—¿Adónde vas…? —inquirió Lex.

—Voy a hacer café para todos —respondió ella con la voz muy temblorosa—. Así les costará menos permanecer despiertos.

Pero como sea que la cocina no se hallaba en esa dirección, Lex no se lo dejó pasar.

—Oye, por aquí no se va a la cocina.

—Es que…, bueno…, es que… —tartamudeó.

Lex la cogió por los brazos, zarandeándola un poco.

—¿Sabes lo que te digo…? Tú sabes muchas cosas… Pues entérate, si no me las dices es que eres tonta.

—No, no —tembló aún más su voz—, yo no sé nada. ¿Qué iba a saber yo, pobre de mí?

—Adoptas una pose de inocente, que no te va. Que no te va en absoluto. Para mí, que tú estás ya de vuelta de muchas cosas… Quisiera saber de cuáles…

—De nada por lo que la policía pueda detenerme —aclaró Loretta—. Si se refería usted a eso, ya le he respondido.

—El otro día me dijeron que el señor Arlen tenía una amante… ¿No serías tú, Loretta? —se lo soltó a bocajarro…

—¿Yo…? —Llenos de insólita sorpresa, brillaron sus ojos en medio de la oscuridad—. El señor Arlen tenía mejor gusto. Yo no valgo nada. Yo soy una chica fea.

—Si sabes que la amante del señor Arlen valía más que tú, prueba evidente que sabes quién era ella… De lo contrario no podrías comparar…

—No quiera meterme en líos, señor Reeves —protestó Loretta—. No pretenda hacerme decir lo que no quiero.

—Para no querer meterte en líos, ¿no comprendes que ya es un poco tarde?

—Intento salir sana y salva de aquí, señor Reeves.

—¿Harías oposiciones a lo contrario si hablaras…? —Intentó sonsacarle.

—No lo sé. Sólo sé lo que significa que esta casa no tenga entradas ni salidas. Significa que el asesino alienta junto a nosotros… Intento fingir que estoy relativamente serena —añadió —, pero lo cierto es que estoy muerta de miedo. Por eso iba ahora a ver a mi tío… A preguntarle si el helicóptero no está ya para emprender el vuelo con poco peso… Por ejemplo, con sólo dos personas…

—Tú y él, ¿no es eso?

—Sí —admitió—. Ya se lo he dicho. Estoy muerta de miedo.

—Tu tío no hará eso. Es un hombre leal a la señora Arlen. ¿O no es tan leal como parece…?

—Averígüelo por su cuenta, señor Reeves —e intentó alejarse de allí.

Lex la detuvo por el antebrazo, con fuerza.

—Lo haré, pierde cuidado. Pero antes, dime, Loretta, ¿quién era la amante del señor Arlen?

—Le he dicho…

Lex la interrumpió, queriendo por todos los medios a su alcance a inducirla a hablar:

—Si no me lo dices, creeré que eras tú. Y se lo diré a tu tío… No, no creo que le guste saberlo.

Había dado donde más escocía.

Sí, estaba claro. Loretta era una chiquilla con pocos escrúpulos morales, que había hecho de las suyas. Para intentar llevarla al buen camino, su tío le había conseguido aquel empleo. Un empleo que había considerado enteramente seguro y honrado.

—¡No tiene por qué decirle eso a mi tío! —Se indignó Loretta—. ¡No es cierto! ¡Yo jamás he sido la amante del señor Arlen! ¿Quiere saber quién era…? Pues sí, se lo voy a decir para que me deje tranquila de una vez.

—Te escucho.

—La señorita Jean. Esa chica rubia, amiga de la señora.

—¿Estás segura…?

—Me lo dijo el mismo señor Arlen.

—Lo malo de tu, digamos, confesión —Lex la miraba inquisitivamente—, es que pones por testigo a un muerto, y los muertos, ya se sabe, nunca llevan la contraria. Oye, ¿a ti no te parece extraño que el señor Arlen te tuviera tanta confianza…?

Porque te la demostró, no cabe dudarlo, al hacerte partícipe de un secreto tan íntimo…

—Si no me cree, peor para usted.

—Bueno, vete ya a hacer el café —y Lex dio por terminada la conversación.

* * *

Guiado por la luz de la linterna a pilas, fue recorriendo las diversas estancias de la casa. En casi todos los salones había chimeneas, pero Lex buscaba una de mármol blanco y negro, con hermosos salientes en su parte superior. Al fin, claro está, dio con ella.

Pero una vez conseguido esto, se quedó sin saber cómo proseguir su tarea. Presentía que los lingotes de oro se hallaban allí, tras aquellos salientes. Por eso el padre de Susan, en una reacción de retazos puramente infantiles, se había fotografiado tantas veces junto a esa chimenea. Él sabía de sobras lo que había escondido allí y sí, se sentía como un niño que no puede apartarse de su Juguete favorito.

Pero ¿de qué modo iba a dar Lex con los lingotes…? ¿En qué parte, exactamente, estarían escondidos, si es que ciertamente estaban escondidos allí?

Se le ocurrió subirse a una silla y empezar a maniobrar en los salientes. Si alguno de aquéllos se movía, giraba o se deslizaba, habría dado con lo que buscaba. Sin duda se trataría de un resorte, el cual, debidamente maniobrado, dejaría expedito el camino hacia el tesoro que buscaba.

No obstante, Lex estuvo manipulando durante más de media hora, sin salirse con la suya. Sin conseguir, en absoluto, lo que pretendía.

Iba ya a desistir de su empeño, por lo menos momentáneamente, cuando le pareció que se acercaban unos pasos. Unos pasos lentos, sigilosos, que le dieron muy mala espina.

De ello que se dispusiera a bajar de la silla lo más rápidamente posible y que ésta, ante su precipitación, se tambaleara. Entonces él tomó punto de apoyo en uno cualquiera de aquellos salientes, de forma fortuita, casual.

Oyó un leve crujido. Algo que se movía…

Pero más importante que eso, era ahora la persona que se

acercaba. Para que no se diera cuenta de nada, apagó la linterna y él a su vez, para confundirla, para desorientarla, se escurrió hacia el otro lado de la estancia.

Afortunadamente esos pasos no eran de nadie temible. ¿Acaso podía ser temible una muchacha tan atractiva y hermosa como la rubia Jean…? Dio un suspiro de alivio y de satisfacción al ver que se trataba de ella.

—¿Le he asustado…? —preguntó Jean, al verle.

—Sólo un poco.

—¿Qué está haciendo…?

—Husmear. ¿Y usted?

—Como tardaba en regresar al salón, he temido que pudiera haberle sucedido algo malo.

—¿Y venía dispuesta a ayudarme? —preguntó—. Valiente chica, así me gusta.

Seguidamente la apartó de allí, de aquel salón en el que, no sólo estaba convencido de que se hallaban los lingotes de oro, sino que, a juzgar por el crujido recién oído, había dado con el escondrijo.

—Señorita Jean…

—Dígame, señor Reeves.

—¿Por qué no me cuenta un poco su vida? Me gustaría conocerla algo mejor.

—No hay nada en especial que contar.

—¿Tiene novio?

—No.

—¿Lo ha tenido?

—No.

—¿Amante…?

—¡No!

—Me han asegurado que lo tuvo, el señor Arlen. Pero no, yo no les creo.

—Se lo agradezco.

—¿Es buena su situación económica, señorita Jean? —No parecía venir a cuento la pregunta, en absoluto. Pero ya estaba allí, formulada.

—Pues…, pues… —vaciló ella.

—Ha querido decir que no.

—Eso es —al poco había de añadir—: A mi padre, últimamente,

le han ido bastante mal los negocios. El señor Arlen lo sabía. Supongo que eso le animó a proponerme que correspondiera a sus pretensiones.

—¿Y su «no» fue a rajatabla…? —indagó.

Jean lo miró con enojo.

—Se lo he explicado ya, ¿no es eso? ¿Acaso no lo recuerda? ¿Para qué quiere que se lo repita?

—Quizá —sonrió Lex— para darme el gusto de oír su preciosa voz. Porque tiene un verdadero encanto de voz, señorita Jean. Pero, claro, toda usted es así, un auténtico encanto…

—Tiene siempre las palabras gentiles, halagadoras, en la punta de la lengua, ¿verdad?

—¿Por qué lo deduce?

—Le he visto bajar la escalera, acompañado de Amanda. Estaba oscuro, pero el pormenor no me ha pasado desapercibido. Se han detenido a medio tramo de la escalera.

—¿Y qué?

—Cuando un hombre y una mujer hacen eso, es que hay un beso entre medio…

—¿Celosa? —sonrió Lex.

Ella echó atrás sus rubios y seductores cabellos.

—Y si le dijera que sí, ¿qué pasaría?

No pasó nada de particular.

Claro que, según como se mire.

Lex Reeves la besó también a ella.

* * *

Cuando consiguió que regresara al salón de billar, él volvió a la estancia de la chimenea de mármol blanco y negro, con hermosos salientes en su parte superior. Ya allí, volvió a encender la linterna.

Vio lo que esperaba.

Parte de la chimenea se había movido, dejando a la vista una pequeña abertura.

Lex metió la mano por esa abertura, estirando el mármol hacia fuera. Y el mármol continuó cediendo, lenta y pesadamente, pero de forma continuada, hasta que ante los ojos de Lex aparecieron allí mismo, apenas a un par de palmos, los lingotes de oro.

En aquel preciso instante, se oyó un grito horrible, espantoso. Un grito proferido por una garganta de mujer.

Lex Reeves cerró la abertura. De pronto, de fuerte impulso. Sin más dilaciones. Volvió a dejarlo todo como estaba minutos antes. Como si él no hubiera descubierto nada.

Después corrió hacia el salón de billar.

Pero el grito no venía de allí, sino de la cocina, donde Loretta había ido a hacer más café.

Su carrera se juntó con la de los demás. Los demás…, que en aquel momento no se hallaban reunidos. Por la razón que fuera en esta ocasión cada uno de ellos surgió por un lado distinto.

¿Qué había sucedido…?

Unos minutos antes, Loretta había alargado la mano para encender la luz de la cocina. Pero precisamente entonces, su mano se vio detenida por otra, que inmovilizó la suya junto al interruptor.

—El asesino soy yo…

Al reconocer la voz, se le puso la carne de gallina, mientras un estremecimiento gélido, congelado, aterido, le subía y le bajaba, como un ascensor, por la espina dorsal.

—No, no… —gimió de un modo tonto, absurdo.

—El siniestro asesino soy yo… —repitió y amplió la voz—. Y tú, Loretta, vas a ser mi nueva víctima… No, no grites —le aconsejó, a la vez que le dejaba ver la pistola que su mano empuñaba—. Si lo haces, te mataré antes de darte tiempo a que pidas perdón a Dios por tus pecados… Y te hace falta su perdón, ¿no croes? Porque has pecado a menudo… Dime, ¿a cuántos hombres has fingido amar?

Loretta desorbitaba los ojos en medio de la oscuridad. Casi los sacaba de sus cuencas.

—No me mate —musitó—. Por favor, no me mate.

—Hazme una taza de café —le ordenó.

—Sí, sí… Pero necesito la luz… No veo nada.

—Aquí la tienes.

Se la había encendido.

Al acercarse a la cocina, Loretta vio que en el suelo había un charco de agua.

—Quítate los zapatos, ¿no ves que vas a mojártelos?

—Es igual.

—¡He dicho que te los quites! —le exigió.

—Sí, sí… —balbuceó.

Se quitó los zapatos. Metió los pies descalzos en aquel charco.

—Hazme de una vez el café.

—Sí, sí…

Fue a encender la cocina. Falta de fuerzas, se apoyó allí con ambas manos. Sólo entonces se dio cuenta de aquel cable de alta tensión, que el asesino, evidentemente, había llevado allí desde el exterior.

La corriente había sido conectada. Ya era tarde para percatarse de otra cosa.

Recibió una descarga horrenda, aterradora, pavorosa. Gritó con el desespero de quien comprende que aquello es el final, que no podrá volver a irritar en el resto de su vida.

Despedida por la sacudida, Loretta fue a parar a varios metros de distancia, contra una de las paredes. Con tal rabiosa y desmesurada potencia, que se oyeron el ruido de varios de sus huesos al romperse, al hacerse añicos.

Pero estaba ya muerta.

Sí, había muerto electrocutada, quedando toda ella negra como un trozo de carbón.

CAPÍTULO IX

Dado el modo y la forma como se habían sucedido los últimos acontecimientos, y dado lo que ahora ya sabía, Lex Reeves se dijo que estaban llegando al término de aquel juego desquiciado, demencial, en el que por lo visto, quieras que no, intervenían todos. Incluso los que parecían más ajenos al caso.

Decidió hablar con Susan. Se hacía urgente e inaplazable la conversación.

Pero antes de ir en busca de ella, se le acercó el tío George. Había esperado la ocasión de hacerlo.

—Usted, señor Reeves, habrá deducido lo mismo que yo, ¿no es eso?

—Mal puedo decírselo, porque no sé lo que ha deducido usted.

—Si el cable de alta tensión ha sido metido en esta casa desde el exterior, eso demuestra y significa que alguien ha entrado y salido de aquí, o viceversa. De esto se desprende, inequívocamente, que existe una salida que ignoramos.

—Perfecto.

—Mi hermano buscaba algo… Él mismo me lo confesó. Los planos de la casa.

—Lo mismo he estado buscando yo —reconoció Lex Reeves.

—Usted con más suerte. A mi hermano le costó que le colgaran de pies para abajo, y que le cortaran la cabeza con un hacha.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Debió encontrarlos. Me refiero a los planos. De lo contrario no tendría sentido la muerte de mi hermano, ¿no lo ve usted así?

—¿Acaso tienen sentido las otras muertes…? ¡Oh, no, en absoluto! Ni la de los tres sirvientes, ni tampoco la de Loretta. Ni siquiera, al principio, la del señor Arlen, si es que aquello no fue algo meramente casual… Por lo demás, ¿qué clase de muertes son todas ellas…? Se han llevado a cabo con un ensañamiento tal, con

una malignidad tan honda, manifiesta y acusada, que ciertamente todo ello resulta anormal…

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó tío George, enarcando las cejas.

—Ideas tan profundamente desquiciadas, no son frecuentes. Convenga conmigo en ello.

—No me diga más. Desconfía de mi sobrina Susan. Usted está suponiendo que la tara del padre, tal vez…

—He de hablar con ella. ¿Me permite…?

Puede decirse que le dejó con la palabra en la boca.

Ya ante Susan, ésta le miró con la expresión limpia, clara. Lo que menos parecía era la hija de un loco.

—Estoy a su disposición, señor Reeves.

—Alejémonos de los demás —y luego, ya en un lugar discreto—: Respóndame a una pregunta, señora Arlen. ¿Quiso usted mucho a su padre…? Me han asegurado que sí, que se quedó sumamente afligida y apenada cuando le faltó.

Pasó una sombra por sus ojos. No obstante, desmintiendo esa angustia interior que dio la sensación de sacudirla por un Instante, respondió:

—Sí, claro que le quería.

—Me parece —dijo Lex, ya no queriendo andarse con contemplaciones— que me está mintiendo. O, más bien, estoy seguro de ello. Usted no quiso nunca a su padre.

Susan se había agitado.

—Le aseguro, señor Reeves…

—Voy a hablarle con claridad —repuso Lex, rotundo, tajante, casi amenazador—. Todo está en contra suya… Así que la policía se meta en esta casa, usted será detenida…

—¿Yo? —Tembló como una hoja de papel.

—Sí —afirmó—. Todo indica, paso a paso, que usted es la culpable de esas muertes… Esas muertes —remachó— que sólo ha podido llevarlas a cabo una persona que conozca bien la casa y que haya podido entrar y salir de aquí a su antojo. Tiene que haber una salida secreta e indudablemente la hay…, y usted es la única persona que debe saber cuál es…

—Le aseguro…

—Del bolsillo de su tío Paul cayó un botón rojo. Ese botón es de

un vestido suyo, con el que usted está fotografiada.

—¿Cómo lo sabe?

—He hojeado en el álbum. La policía también lo hará y aún más detenidamente que yo.

—Señor Reeves —su angustia se había hecho tan grande, que la ahogaba—, es cierto, sí, tengo un vestido de ese color… Después de la muerte de mi tío Paul, lo quité del armarlo y lo escondí… Le falta un botón… No, no comprendo cómo ha podido caérseme… Pero le aseguro que yo no tengo nada que ver con la muerte de mi tío…

—Tendrá suerte si convence de ello a la policía.

—Pero ¿por qué iba a hacer yo todo eso…?

—Quizá, simplemente —y seguía sin andarse con contemplaciones—, porque está mal de la cabeza. Lo que Indican claramente esas muertes… Muertes horribles, espeluznantes, que ya por sí solas son un claro exponente del incontrolado desvarío…

—No, no…

—Sí —ratificó—, por sí solas delatan la clase de asesino, de paranoico que…

—No, no…

—A menos, que el asesino finja locura para abiertamente comprometerla… En fin, si quiere defenderse, o si quiere que yo la defienda, ¿por qué no se sincera conmigo de una vez? Es el único modo de que podamos llegar a entendernos, ¿no lo comprende?

—Conforme —dijo Susan, y se desplomó materialmente en un sillón. Ocultó el rostro entre las manos. Luego las separó, dejando ver su rostro lleno de lágrimas—. Le diré todo lo que sé… ¡Pero sé tan poco!

* * *

—Lo que sea —le apremió Lex—. Dígamelo.

—¡Yo no quise nunca a mi padre! —Exclamó Susan de pronto, y fue el suyo como un desahogo que ya no pudiera contener por más tiempo—. Era cruel conmigo. Muy cruel. Me decía que yo acabaría como él, o peor que él… Era en sus escasos momentos de lucidez, cuando más se complacía en torturarme… No, no, me torturaba siempre, a todas horas…

—Siga, señora Arlen.

—Llámeme Susan, por favor… —Le miró con gesto de súplica—. Si es a un amigo a quien hablo…

—Sí, a un amigo, no lo dude —afirmó Lex Reeves.

—Esta casa tiene una salida secreta —repuso Susan tras una corta pausa—, pero yo, de veras, no sé dónde está. Me cansé de suplicarle a mi padre que me lo dijera, pero él se obstinó siempre en callar. Sin embargo, existen los planos y éstos en alguna parte tienen forzosamente que estar…

—¿Usted los ha buscado, Susan? —quiso saber Lex.

—Sí, por descontado que sí —asintió—. Desde el día del fallecimiento de mi padre, he buscado y rebuscado en todos los cajones de su despacho y asimismo en todos los lugares imaginables. Nada. No he podido dar con ellos, se lo juro. No obstante…

Se detuvo. Dio la sensación de que le causaba ciertos reparos hablar de aquello.

—¿No obstante…? —inquirió Lex.

—Creo que Steve, mi marido —dijo Susan—, sí los encontró… Pero ésta es sólo una suposición mía, de la que en el fondo me avergüenzo un poco. En realidad, ahora no puedo menos de pensar que con Steve nunca debí ser todo lo razonable que debiera. Dese cuenta, señor Reeves, me obstinaba con la idea de que iba a matarme y sin embargo fue él quien recibió un fuerte empujón, que le hizo caer por el vacío…

—Respecto a esto último que ha dicho, Susan, permítame que no esté de acuerdo con usted. Nadie de un empujón se sube sobre una balaustrada…

—A menos —dijo Susan— que aterrorizado ante alguien, o algo, en aquellos instantes de oscuridad, retrocediera, huyera por allí, creyendo que conseguiría mantener el equilibrio… Pero no lo consiguió y…

—Enfocado así —repuso Lex— tiene más sentido. Bueno, siga hablándome de su padre.

—Cierto día me dijo que me odiaba porque yo no era hija suya. Me dijo que mi madre había sido una desvergonzada y que se había ido con otro hombre creyendo que a él iba a engañarle. Pero mi madre nunca se confesó culpable. De ello que yo me haya quedado sin saber la verdad.

—Yo la sé —sonrió Lex—, para eso me basta mirar la nitidez de su mirada. Su padre pecó.

—Supongo que debo tomarlo como una gentileza.

—Sí.

—En otra ocasión —repuso Susan—, mi padre se puso a maldecirme, a decirme que merecería los peores tormentos si, a su muerte, no cuidaba bien esta casa, si dejaba de vivir aquí, si no cuidaba debidamente de los lingotes de oro… Qué quiere, señor Reeves, me asusté mucho… Por eso, siempre que he podido, de aquí no he salido… Todos creen que esta casa es muy de mi agrado… ¡Oh, no, créame, la aborrezco!

—¿Y esto es todo? —preguntó Lex.

Había comprendido que las explicaciones de Susan habían concluido. Se habían limitado a lo expuesto. Ya no había más que contar.

—Sí, esto es todo —dijo Susan—, poco he debido aclararle, ¿verdad, señor Reeves?

—No mucho —convino—, pero ha sido un grano más de arena.

* * *

Así que empezaron a despuntar las primeras claridades del nuevo día, Amanda le hizo señas a Lex, desde el vestíbulo.

Lex Reeves salió del salón de billar y se reunió con la muchacha.

—Chisss… —le suplicó ella con el índice puesto sobre los labios.

—¿Qué sucede? —preguntó él en voz baja.

—He hecho un descubrimiento.

—¿De qué se trata?

—Ven… —Le cogió del brazo y estiró de él hacia el otro extremo del vestíbulo.

Le hizo adentrarse en el despacho, cuya puerta una vez ambos dentro de aquella pieza, Amanda cerró con sumo cuidado a sus espaldas. Sólo entonces volvió a hablar.

—He estado revisando los cajones de la mesa de escritorio —le dijo a Lex—. ¿Qué dirías que he encontrado…?

—No sé. Dímelo.

—Un vestido rojo… Es de Susan. Ahora recuerdo habérselo visto en una ocasión. Pero esto no es todo…

—¿No?

—Entre los pliegues del vestido, he encontrado los planos de la casa…

—¿Los planos?

—Sí, míralos, Lex, están aquí.

Le demostró que, en efecto, era cierto lo que acababa de decirle. En uno de aquellos cajones estaba el vestido rojo y los ya tan buscados planos de aquella casa.

—No cabe duda —mascullló Lex entre dientes—. Susan me ha estado engañando hasta el último momento… Me ha Jurado que no sabía dónde estaban los planos y acabamos de encontrarlos Junto al vestido rojo, que ella misma escondió, según me dijo, por miedo a parecer culpable… Amanda, hemos de proceder con mucha cautela —resumió Lex—. Mira, para empezar a desconcertar a Susan, voy a dejarle aquí escritas unas cuantas palabras… Así, cuando ella las lea, comprenderá que está al descubierto y empezará a perder los nervios, lo que a nosotros nos favorecerá…

—¿Tú crees? —Amanda vaciló—. Bueno, haz lo que te parezca. Yo estoy demasiado nerviosa para aconsejarte.

—Vigila la puerta —dijo Lex—. No vaya a venir alguien mientras escribo estas cuatro líneas.

—De acuerdo —y la muchacha se alejó de la mesa, acercándose a la puerta. Se quedó allí escuchando si alguien se acercaba.

Lex escribió en un papel unas cuantas líneas. Pero luego, de pronto, arrugó el papel y lo tiró a la papelera.

—¿Sabes lo que te digo, Amanda? —Inquirió, requiriendo su atención—. Es mejor no poner a Susan sobre aviso. Procederé de otro modo.

—¿De qué modo? —preguntó Amanda Welles.

—Pronto lo sabrás. Pero antes vayamos a ver a Maximiliano. Nos interesa saber si todavía le falta mucho para tener arreglada la avería.

—Como quieras.

Desgraciadamente, Maximiliano no había adelantado todo lo que hubiera deseado. Había aún para dos o tres horas de trabajo.

—Bueno, usted hace lo que puede… —dijo Lex—. Más no podemos pedirle.

Amanda y Lex se alejaron del helicóptero, abandonando el patio. Volvieron a entrar en la casa.

Y se dirigieron al salón de billar, donde en aquel momento se hallaba Susan hablando con su tío George. La rubia Jean permanecía en un extremo, fumando un cigarrillo. Los tres daban

muestras de estar muy alterados.

Cuando entraron, todos volvieron sus ojos hacia ellos, de un modo que parecía tener mucho de interrogante. Pero Lex Reeves optó por no exteriorizar emoción ninguna. Como si todo siguiera lo mismo, sin novedad.

Fue hacia un sillón y se tumbó, encendiendo a su vez un cigarrillo. Ofreció la cajetilla a Amanda.

—No, gracias —respondió ella. Quien por lo bajo le preguntó—: Pero, bueno, ¿qué determinación has tomado, Lex? ¿Qué es lo que vas a hacer? Ahora ya sabes…

—Estoy reflexionando —contestó él—. No quiero dar ningún paso en falso.

—Sí, claro —asintió Amanda.

Transcurrió bastante rato.

Lex iba consultando su reloj de vez en cuando.

—A eso de la media… —dijo a Amanda, cuando ella, una vez más, le preguntó a qué esperaba—, a eso de la media delataré al asesino…

CAPÍTULO X

Llegó la hora, por lo que Lex Reeves se puso en pie y requirió la atención de los presentes con estas palabras:

—Ha llegado el momento de que el asesino confiese…

Su voz sonó firme, enérgica, en medio del silencio opresivo de la amplia estancia.

—No sea optimista, señor Reeves —dijo tío George. E inquirió seguidamente, con tono agrio—: ¿Desde cuándo los asesinos confiesan, así, por las buenas?

—Por las buenas no, claro está —dijo Lex—. Pero si cuando se ven desenmascarados, cuando comprenden que están acorralados sin remedio.

—Pues que yo sepa —repuso la rubia Jean—, el asesino que hay entre nosotros, permanece más tranquilo que nunca.

—Eso pienso también yo —añadió Susan.

Unos se miraban a los otros. En todas las miradas había recelo y desconfianza.

—Sé quién es el asesino —dijo Lex tras una pausa que había de hacer más impresionante su sentencia.

—¿Lo sabe…? —Y tembló ostensiblemente la pregunta de la rubia y llamativa Jean.

—Sí.

—¿Lo sabe…? —inquirió a su vez Susan, y también tembló su voz.

—Sí, señora Arlen.

—¿De veras lo sabe? —preguntó el tío George a su vez.

—¡Si! —Afirmó Lex por tercera vez—. ¿Quieren saber su nombre?

Todos asintieron. Pero ninguno, en esta ocasión, consiguió articular sílaba ninguna. Se limitaron, pues, a mover la cabeza en gesto afirmativo.

—Pero antes de decirles su nombre —repuso Lex—, o antes de que sea el propio interesado quien se presente ante nosotros, será mejor que les ponga al corriente de que el asesino ha tenido y tiene un cómplice…

—¿Un cómplice? —preguntó Susan, estremecida.

—Sí —dijo Lex—, y ese cómplice es…

Se detuvo.

Todos contuvieron la respiración.

—¡Eres tú, Amanda! —exclamó Lex, volviéndose hacia ella—. ¡Tú eres la cómplice de ese asesino que pagará en la silla eléctrica todos sus horrendos crímenes!

Amanda se había quedado demudada. Se lo esperaba todo menos aquello. Había creído, no sólo que las sospechas no le alcanzaban a ella, sino que había conseguido engañar a Lex por completo.

Acababa de ver lo equivocada que estaba. Lex Reeves había llegado hasta la misma diana del asunto. Instintivamente, dio unos cuantos pasos hacia atrás.

—Sí, eres tú la cómplice, Amanda… Una sutil e inteligente cómplice, lo confieso… Pero has cometido varios errores… El primero fue, qué duda cabe, menospreciar mis posibles dotes de detective… Es lo que hiciste el día que nos conocimos en el parador de la carretera… Viste que te miraba, que me había fijado en ti, y pensaste que te sería muy beneficioso un testigo más… Un testigo de lo que tú sabías que iba a suceder… Para que todo resultara perfecto, hasta se te ocurrió inducirme a proteger a tu amiga Susan…

Lex Reeves se detuvo y los demás siguieron callados. Nadie se atrevió a decir nada.

Él sí se atrevió a proseguir:

—Pero no se trataba, en realidad, de protegerla a ella. Era mucho más complejo y sinuoso el plan que llevabas entre manos. No debió caerte bien, lo presumo, que después de la muerte del señor Arlen, yo mismo me invitara a venir a esta casa, pero, claro, no pudiste quitarme la idea de la cabeza, ni intentarlo siquiera, eso hubiera podido infundir sospechas y eso no te interesaba… Debiste pensar, por lo demás, que mi presencia no te plantearía problemas… Así pues, tú seguiste tan tranquilamente con el plan

que llevabas trazado… -Una nueva pausa—. ¿Qué plan era ése? Fácil de deducir… En principio, habían muerto tres sirvientes de la casa. ¿Cuándo…? ¿Cuándo, exactamente…? Durante unas horas en las que Susan, sola en sus habitaciones del hotel, en Nueva York, pudo salir de allí y venir aquí a perpetrar esos crímenes… Sí, pudo hacerlo, porque el señor Arlen la había dejado sola, al parecer para ir a reunirse con su amante… Por lo demás, los crímenes cometidos, por su desquiciado frenesí, tenían todos ellos las trazas de haber sido ejecutados por una mente anormal, enferma… Por un demente, por un paranoico, para ser más exactos… ¿Y quién, llegando a este punto, podía resultar más sospechosa a la policía que la propia señora Arlen? No, nadie, naturalmente… Ella sería la sospechosa número uno… No en vano su padre murió en un manicomio…

Lex Reeves no tardó ni cinco segundos en proseguir:

—Estamos ya, por tanto, ante unos hechos que señalan a la señora Arlen con encono, con saña… Con demasiado encono y saña, diría yo… Por lo demás, una vez aquí, muere el tío Paul porque buscaba los planos de la casa… Unos planos que, según la señora Arlen, su esposo había encontrado… Lo que, de ser cierto, habría comunicado de inmediato a su amante… ¿Quién era ésta? Podía ser Loretta, pero no, de serlo no hubiera tenido el final que tuvo… Podía ser Jean, claro que sí… Eso sospechaba la propia señora Arlen… Sin embargo, algo estaba en desacuerdo con tal tesis… De haberlo sido, el señor Arlen no lo hubiera confesado así a Loretta, como en realidad hizo… Y si lo hizo, es que intentaba encubrir a otra persona… Entonces, sólo quedabas tú, Amanda. Que por lo demás, cometiste el grave error de repetir unas palabras. Sí, porque según tú, el padre de la señora Arlen había dicho, más o menos: «Contemplar esos lingotes de oro a la luz vacilante de una vela, es una de las sensaciones más maravillosas que he experimentado en toda mi vida». Una frase sin sentido, porque, ¿para qué necesitaba el padre de la señora Arlen una vela para contemplar los lingotes de oro, si éstos se hallan en un lugar perfectamente visible? Así que se mueve el mármol de la chimenea, quedan claramente a la vista… Tu intención al decirme eso, Amanda, no fue otra que inducirme a buscar en el sótano. Un modo como otro de hacerme perder lastimosamente el tiempo… Unas palabras, por lo demás, que tenían puntos de contacto con lo que, con anterioridad a su muerte,

había dicho el señor Arlen a Loretta, que su esposa se levantaba a medianoche con una vela encendida… En tal ocasión, el señor Arlen debió pretender, simplemente, que un detalle más, sumándose a los anteriores, sentenciase a Susan como loca de remate…

Una nueva interrupción.

—¿Con qué fin? Que acabara encerrada en un manicomio, como acabó su padre. Así el señor Arlen podría apoderarse de los lingotes de oro y disfrutarlos contigo, Amanda… Matar a Susan no podía resultar, en seguida sospecharían del marido… De esta manera, sin embargo, todo podría salir perfecto… ¿Que eso costaba la vida de inocentes? ¡Bah!, simples crímenes de una perturbada mental… Una perturbada mental que aseguraría que estaba cuerda y que tenía escondidos diez millones en lingotes de oro… Diría dónde, claro, para demostrar que estaba sana de mente, pero cuando fueran a ver sí era cierto, no encontrarían nada. Claro que no…

Mientras Lex Reeves había ido hablando, Amanda había ido quedando pálida, lívida. Como si toda la sangre de sus venas se la hubieran ido robando gota a gota.

—Después —dijo Lex— llegó lo del botón del vestido… Y por último, los planos de esta casa que estaban entre los pliegues de ese mismo vestido… Demasiadas pruebas en contra de la misma persona… En fin —concluyó Lex, tajante—, ¿quieren saber el nombre del asesino? ¡Steve! ¡El señor Arlen!

—¿Qué disparates dices…? —Si una voz puede tambalearse, la de Amanda lo hizo—. Todos los presentes saben que murió.

—Sí, lo saben todos —dijo Lex—. Incluso lo sé yo. Pero yo también sé que vive y que es el asesino…

* * *

Lo dijo tan firmemente, que demostró que en él ya no cabían dudas al respecto.

—Eres listo, Lex —volvió a oírse la voz de Amanda. Una voz que, tras un ímprobo esfuerzo, había conseguido controlarse. No así su mirada, que lanzaba verdaderas chispas—. No creí que fueras tan listo. Sin embargo, te ha fallado el final…

—¿Por qué? —preguntó Lex, impertérrito—. Si eres tan amable de decírmelo…

—Porque has aclarado tanto el caso, que no nos va a quedar otro remedio que matarte… A ti y a los demás… No podemos ya hacer

otra cosa…

—Hablas en plural… Sí, claro… Tú y Steve… Pero ¿dónde está él? Supongo que no muy lejos.

Sonó la voz junto a la puerta:

—¡Aquí!

* * *

Susan se había llevado las manos a la boca para ahogar un grito, o tal vez un gemido.

Steve, que empuñaba una pistola automática, la miró fríamente. Tan fríamente que sus pupilas parecieron dos trozos de puro hielo.

—Nunca te he querido —le dijo—. Me casé por tu dinero. Siempre, siempre he amado a Amanda, a tu mejor amiga… Si he permanecido todo un año a tu lado, ha sido porque menos no ha sido posible… Tenía que sonsacarte dónde estaban escondidos los lingotes de oro… Tenía que dar con los planos de la casa…

—No termino de creerlo —musitó tío George—. ¡Yo te vi morir, caer de una altura de más de cuarenta pisos, estrellarte inapelablemente contra el asfalto!

—Supongo que tendréis curiosidad por saber cómo lo hice, ¿verdad? —Había en él un cinismo escalofriante—. Pues voy a complaceros… ¿Por qué no? Como bien ha dicho Amanda, me tocará mataros… Siendo así, ¿por qué no daros el gusto de saberlo todo? Además, hablando me halago a mí mismo… Así os demostraré lo listo que he sido… Sí, lo he sido… Por eso, cuando encuentren vuestros cuerpos sin vida, la policía sospechará de quien sea, menos de mí… ¿Cómo van a sospechar de mí, si estoy muerto?

—Sí, tenemos curiosidad por saberlo todo —dijo la rubia Jean.

—Alquilé uno de los pisos situados bajo la terraza del restaurante. Exactamente aquel que estaba bajo aquel trozo de balaustrada, sobre la que yo me subí así que se apagaron las luces… Cuando me dejé caer por allí, fingiendo que me faltaba el equilibrio, no lo hice al vacío, sino a una lona que acababa de sor colocada para recogerme… Hecho lo cual, las personas que trabajaban para mí, sacaron la lona y arrojaron al vacío, esta vez de verdad, a un sujeto que habían encontrado no sé dónde, que se me parecía bastante, y al que habían vestido de riguroso *smoking*. Le habían dado un fuerte golpe, y estaba sin sentido, así que no se rebeló a nada… Recuperó el conocimiento, sí, pero tarde, cuando

sólo había de servirle para gritar, gritar, hasta que llegó abajo… Eran más de cuarenta pisos y quedó materialmente aplastado, irreconocible… Lo que me interesaba… Nadie pudo dudar que no fuera yo… La evidencia estaba demasiado clara…

—Debió fallarte la lona —dijo tío George con la mandíbula crispada—. Es lo que te merecías.

—A mí nunca me falla nada —aseguró Steve.

—Lo mismo le digo —repuso Lex, pedante.

—El resto, usted lo ha explicado muy bien —ironizó Steve, mirando a Lex—. No puede saber ciertos pormenores, claro está, pero para el caso es lo de menos…

—Me gustan los pormenores —dijo Lex—. Si me los expone, le escucharé encantado.

—No tan encantado recibirá las balas de esta pistola —masculló Steve, apenas moviendo los labios.

Le vio amenazador. De ello que la rubia Jean, para ganar tiempo, su apresurara a preguntarle:

—¿Por qué me dijiste que yo te gustaba, que necesitabas que yo fuera tuya, si era a Amanda a quien amabas?

—Para que las sospechas de Susan fueran mal encaminadas. Quería que Amanda siguiera siendo para mi esposa lo que siempre había sido, su mejor amiga… Tan buena amiga, que yo sabía de fijo que, ante el miedo cada día mayor que yo le inspiraba, acabaría pidiéndole ayuda… Con lo que yo no contaba, es que te escribiera también a ti, Jean… Y al tío Paul, y a ti, tío George… Pero, bueno, pensé que no nos iría mal del todo reunimos aquí, para poder rematar todos juntos la obra de una loca… Para eso bastaba averiar el helicóptero… Sin embargo —añadió Steve—, la intervención de usted, señor Reeves, lo ha complicado todo… Por su culpa todos morirán… Usted el primero, claro… Se impone hacerlo así…

—Para eso —dijo Lex, y su tono no se achicaba, ni se achicaba tampoco su actitud— ha de tener buena puntería, y no sé por qué, pero me parece la tiene deplorable.

—Le veo muy seguro de sí mismo —dijo Steve—. Demasiado para el peligro en que se encuentra.

—Se encuentra en peores circunstancias usted, señor Arlen… Muy listo, muy inteligente, pero algo se le está escapando del modo más lamentable, absurdo, casi le diría ridículo…

—¿A qué se está refiriendo?

—Aquí no estamos todos. Falta alguien: Maximiliano…

—¡Ah, sí! Bueno, es lo mismo. Con una buena pistola en la mano me basto y me sobro…

—Pero usted ignora algo… Y tú también, Amanda…

—¿Qué es? —preguntó ésta, a quien le amoscaba la serenidad de Lex Reeves.

—Al salir del despacho, donde tú acababas de colocar los planos para terminar de comprometer a tu amiga Susan —dijo el joven, y sí, seguía sereno, tranquilo, imperturbable, como si nada de todo aquello le estuviera afectando directamente—, yo he querido ir a ver a Maximiliano, para saber si la avería estaría ya pronto arreglada… No te has dado cuenta, Amanda, de que era tonto ir a preguntarle eso… Si ya sabíamos dónde estaba la salida secreta, ¿para qué nos hacía falta el helicóptero?

—Sí, es cierto —murmuró Amanda con el gesto torcido.

—El motivo es sencillo —repuso Lex—, y no tengo el menor inconveniente en hacéroslo saber… Antes de alejarme de Maximiliano, le he dejado en las manos un papel… Había hecho ver, en el despacho, que escribía unas líneas a Susan y que luego me arrepentía de hacerlo así, y que arrugaba y tiraba el papel escrito a la papelera… En realidad, me lo he guardado en un bolsillo, y luego, lo dicho, se lo he dejado a Maximiliano… Le señalaba cuál era la salida secreta y le decía que fuera inmediatamente en busca de la policía, mientras yo retenía aquí al asesino…

—¡Maldito! —exclamó Amanda.

—Pero no va a servirle de nada —barbotó Steve—, cuando llegue Maximiliano y la policía, estarán ya todos muertos… Se ha precipitado, señor Reeves… Hubiera sido una medida mucho más prudente, no mover un dedo hasta que la policía estuviera aquí…

—¡Ah, no! —Aseguró Lex—. De hacer lo que usted dice, el asesino hubiera podido dejar de dar la cara, huyendo… Así, de este modo, viendo la jugada suya, se ha presentado, no ha rehuido nuestra presencia… Ahora resultará ya todo muy sencillo…

—No lo veo yo así. Y para demostrárselo, se lo hago saber… Ahora mismo voy a matar a todos y ¡empiezo por usted, que es el más peligroso! —Y apretó el gatillo.

Pero Lex Reeves se esperaba que hiciera aquello, así que se lanzó

hacia un lado en el preciso instante que hacia él iba el proyectil. Consiguió, pues, esquivar la bala.

La segunda no tardó en ir directo a él, pero para entonces ya había cogido un gran cenicero de cristal y lo había lanzado sobre el arma homicida.

El arma saltó por los aires, mientras Lex Reeves sentía que esta segunda bala le pasaba rozando la oreja con un silbido que no tenía ciertamente nada de agradable.

Fue Amanda, entonces, quien se apoderó del arma, que había ido a parar muy cerca de ella.

—¡Quietos todos!

Todos le obedecieron. Su expresión era terrible. Sus ojos relucían como ascuas sacadas del propio infierno. Su boca se retorcía en un gesto cruel, inhumano.

Bueno, le obedecieron todos menos Lex Reeves, que se lanzó velozmente a sus bonitas piernas y la derribó en menos tiempo del que él necesitaba para dar un beso a una chica guapa.

Empero, a Lex le cayó encima Steve, derribándole de un puñetazo. Pero Lex se revolvió, atacando a su vez.

Y la fortaleza física de Lex había de imponerse antes de que pudiera recibir ayuda de los demás. De dos directos colocadísimos, contundentes, furibundos, realmente rotundos, Steve fue a parar al suelo para quedar allí muy quietecito.

Amanda, que intentó huir a la desesperada, se vio perdida. Tío George se le puso delante, taponándole la salida. Una salida que, instantes después, ocupaba la policía.

—No he podido llegar antes… —dijo Maximiliano, resoplando por la carrera.

—Ha llegado a tiempo, no se preocupe —repuso Lex Reeves.

* * *

Ya habían salido de la casa. Ya habían salido de Mall-Hillmelsson. Ya había quedado atrás el horror de tanta muerte.

Lex Reeves miró a la rubia Jean y le dijo sonriendo.

—Supongo que no volverás a sentir celos de Amanda.

—No, claro que no —le sonrió ella a su vez.

—De todos modos —le hizo saber Lex Reeves— aunque Amanda hubiera resultado un ángel, tú hubieras podido más que ella…

—¿Si?

—Claro —afirmó—. ¡Si tienes unas formas que marean al más formal! ¡Si tienes una cara tan preciosa que… que…!

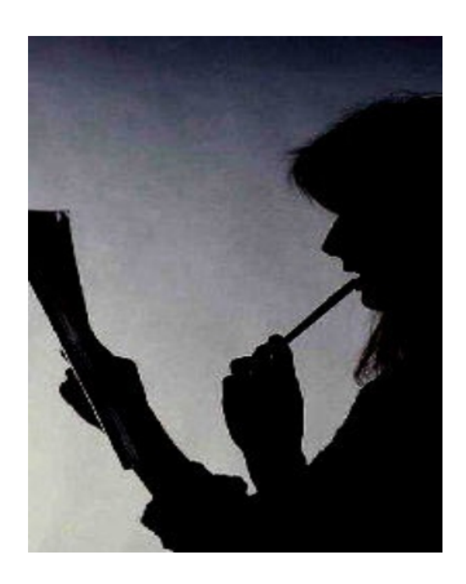
—Que se te está ocurriendo todo, todo… —dijo Jean— menos casarse conmigo.

—Te equivocas —afirmó Lex Reeves— se me ocurrió apenas puse los ojos en ti.

—¿De veras? —Se iluminaron los ojos de la muchacha.

—Tan verdad como que eres la rubia más preciosa que he conocido.

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.